BOLETÍN OSAR

Organización de Seminarios de la Argentina

Año 35. N° 39. Año 2022

La tarea formativa en nuestro tiempo

Encuentros Nacionales de Formadores
2020-2022

OSAR

Organización de Seminarios de la Argentina

"El contenido de la Revelación cristiana ha sido y será siempre un grave escándalo para el historiador como lo es el dogma para el pensador. Ya que, aun no siendo exactamente como las nuestras, las dificultades de creer en un San Pedro o en un San Pablo no eran menos fuertes, como no lo fueron tampoco para sus sucesores: Orígenes, Cirilo, Ambrosio y Agustín. El hombre moderno se equivoca cuando cree que la revolución de Copérnico o aquella kantiana han abierto un gran hiato entre su pensamiento y el de los antiguos. Hoy es tan difícil creer como cuanto lo era entonces. Para un hebreo monoteísta -«Escucha, Israel, al único Dios»- era difícil creer en la divinidad de un hombre, era difícil creer en la crucifixión del Hijo de Dios. Era difícil para un hombre razonable y que había podido ver de cerca al hijo del Hombre en su humillación, creer en Cristo resucitado y en toda aquella historia «que no tolera ser alegorizada…»

«¡Escándalo para los griegos y locura para los judíos!» Nuestros Padres han superado todo, su fe ha vencido cada obstáculo. Eso que ellos han podido realizar lo podremos llevar a cabo también nosotros, y las razones que los empujaron no serán menos fuertes que para nosotros, si es que no nos volvemos indignos. Por eso, su actitud será también la nuestra".

H. DE LUBAC, *Alla ricerca di un uomo nuovo,* 116-117.

SUMARIO

- Presentación ……..03
- **AMADEO CENCINI**:
  La pedagogía de la vida espiritual. Educar la sensibilidad espiritual……..05
- **Comisión Redactora Ratio Argentina:**
  Revisión y Aportes a la Nueva Ratio Argentina ……22
- **RUTH MARÍA RAMASCO:**
  El impacto de la cultura sobre el sujeto en formación……26
- **HNO. HUGO CARLOS VERA SDB:**
  Complejidad del momento cultural-Juventudes-"Subjetividades formativas".….37
- Encuentro Directores Espirituales 2022……46
- Informe del trienio 2018-2020/21……47

Presentación

Sabemos que ninguna conversión se puede producir a fuerza del ingenio humano, de planificaciones y estrategias. Es una realidad que no se puede reproducir ni fabricar con ninguna técnica. Quienes trabajamos para el Reino de Dios somos realmente "siervos inútiles" (Lc 17,10), estamos libres de la obligación del éxito. No estamos libres de hacer todos los esfuerzos, de formarnos y de planificar, pero sí del éxito con el que nuestro mundo de hoy carga las espaldas de los hombres, y especialmente de nuestros jóvenes. Trabajamos poniéndolo todo, nuestro pellejo entero, pero sembramos alegremente en esperanza. En toda la tarea evangelizadora no se trata del obrar del hombre, sino del obrar de Dios en nosotros. Sólo él puede completarnos y sanarnos. Dios nos acepta con toda nuestra imperfección. La conversión es por tanto don y sólo luego, tarea; es gracia, no cumplimiento. Lo nuestro es existencia en acogimiento.

Si esto se aplica a toda tarea evangelizadora también se ha de aplicar a la tarea formativa. ¿Quién puede producir un corazón semejante al de Jesús, Buen Pastor? Y sin embargo hacemos todos los esfuerzos, pero sembrando en esperanza, en la alegre y consoladora esperanza de la fe.

Este Boletín recoge los esfuerzos formativos de tres años atravesados por diversos acontecimientos, incluso la conmoción universal vivida por la pandemia de COVID-19. Cada encuentro tuvo un tema que dirige su atención al "hoy", a la realidad de este presente nuestro tan rico y complejo. Es tarea de quienes estamos en la formación acoger el regalo de la realidad. Realidad hecha de personas y acontecimientos, hecha de encuentros. Es, por otra parte, la tarea de todos los seguidores de Jesucristo.

Recordemos que en muchas apariciones de Jesús resucitado los discípulos no lo reconocen. Magdalena piensa que es el jardinero (Jn 20,15), los discípulos de Emaús un forastero (Lc 24, 13ss). Jesús eligió aparecerse así, oculto en el extraño y el peregrino, para que los cristianos de todos los tiempos recibamos siempre, con hondura y delicadeza, a cada persona y a cada acontecimiento. Dios puede venir oculto en ellos.

Cada persona y cada acontecimiento puede pasar de largo o transformarnos, ahora o para siempre. No sabemos el significado de cada encuentro: "¿Cuándo te vimos Señor y no te asistimos?" (Mt 25, 31ss). Ser cristiano se identifica con la actitud de la hospitalidad (*philoxenos*). De nuevo, se trata de una existencia en acogimiento. Recibir al otro, al peregrino, y también a los acontecimientos: la pandemia, el tiempo actual y su cultura, nuestros jóvenes. Sin apuros ni pretensiones o cálculos, hay que atreverse, con atención y vigilante espera, a recibir generosamente a cada persona y a cada acontecimiento. Esta apertura nos abre a la conversión, a dejar que Dios meta mano en nuestro corazón.

Que el recuerdo y el material de nuestros Encuentros Nacionales de Formadores nos ayuden a recibir el don de la realidad y a trabajar con renovada alegría, sembrando en esperanza.

XXIX Encuentro Nacional de Formadores 2020

Posadas – Misiones

27 al 31 de enero

«La pedagogía de la vida espiritual en las etapas formativas. Educar la sensibilidad espiritual»

P. Amedeo Cencini.

La pedagogía de la vida espiritual en las etapas formativas.
Educar la sensibilidad espiritual.

P. Amedeo Cencini[1]

I. Sensibilidad y discernimiento

El discernimiento es el ejercicio hermenéutico que nos permite buscar y encontrar, descubrir y dar un sentido a los diferentes y fragmentarios acontecimientos de nuestra existencia. Si se trata de realizar una operación tan laboriosa y creativa («hermenéutica» en sentido pleno), es claro el vínculo entre discernimiento y sensibilidad del que discierne. Podemos decir que cada uno discierne según su propia sensibilidad. Más aún, se podría llegar a especificar que es la sensibilidad la que discierne; es el sujeto del discernimiento; y se podría añadir aún que la sensibilidad es su objeto.
En mi actitud hacia una determinada persona que me cae antipática, será mi sensibilidad la que lea la situación, para advertir antipatía y tal vez para (pretender) justificar una actitud que rechaza al otro o que no tiene suficientemente en cuenta ni sus límites ni su dignidad, una opción de naturaleza autorreferencial. Así la elección orientada de este modo tendrá como consecuencia la confirmación y la consolidación de la propia sensibilidad reforzando y arraigando esa misma predisposición. Tanto en el ámbito relacional como cuando se trata de elecciones que tienen que ver con el individuo y con sus valores: así es como se refuerzan (o, por el contrario, se debilitan) ciertas convicciones o decisiones realizadas en un tiempo pasado.

- Evangelizar la sensibilidad

La sensibilidad es un don precioso que debemos educar y cultivar. Desde una óptica pedagógica se debe recorrer un camino formativo que permita comprometerse en la evangelización de la propia sensibilidad como condición para aprender el arte del discernimiento. Esa evangelización comporta una atención específica a los componentes particulares de la sensibilidad, desde los sentidos externo a los internos, desde las sensaciones a las emociones, desde los sentimientos a los afectos, desde los deseos a los gustos. El objetivo final de la formación es "llegar a tener los mismos sentimiento -o sensibilidad- de Cristo", como recuerda Pablo a los cristianos de Filipos.
El cristianismo no es ni esteticismo ni voluntarismo, sino amor, pasión e intensidad de vida, orientadas según el corazón del Señor.
Evangelizar la sensibilidad significa es lo que la tradición designa con el nombre de «conversión». La conversión sólo puede ser verdadera si llega a tocar y transformar nuestra sensibilidad, es decir, el corazón, en la raíz de toda expresión del ser, humana y espiritual, psicológica y teológica.

- A cada discernimiento corresponde una sensibilidad

No existe una sensibilidad, cual índice invariable. Existen varios tipos de sensibilidad en cada ser humano: sensibilidad relacional, espiritual, estética, intelectual, creyente, penitencial, moral... etc. Cada una de ellas entra en juego y activada cuando el sujeto debe tomar una decisión en el ámbito que la afecta. Por ejemplo, discernir sobre la propia

[1] Sacerdote italiano de la congregación canosiana, licenciado en ciencias de la educación y doctor en psicología, experto en espiritualidad sacerdotal, vida religiosa y pastoral vocacional. Se desempeña como profesor en el Ateneo Salesiano y en la Universidad Gregoriana, es consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. Su obra escrita y su labor educativa son internacionalmente reconocidas.

vocación significa haber llevado a su madurez una cierta sensibilidad vocacional, que nace de la necesidad de dar sentido a la propia existencia y del deseo de escuchar al Eternamente Convocante. O también, saber discernir como pastores significa tener una sensibilidad absolutamente particular, la sensibilidad pastoral, con ese olor a ovejas del que habla el papa Francisco.
Podríamos sintetizar el principio pedagógico así: a cada discernimiento les corresponde una sensibilidad particular. Dicho en negativo: no puede haber ningún discernimiento que no afecte a la sensibilidad del individuo y no haga intervenir una sensibilidad particular suya. Es fundamental entonces reconocer y detectar la sensibilidad precisa que debe gestionar el discernimiento y sobre el que hay que practicar el mismo discernimiento.

- Descubrir el verdadero problema

Partamos desde un ejemplo: el enamoramiento. Si se trata de una crisis afectiva en la vida de un sacerdote o seminarista, este se inclinará probablemente a pensar que se encuentra en cuestión su propio modo de vivir su afectividad y su sexualidad. Considera que el problema está ahí, se orientará para afrontarlo como un hecho exclusivamente afectivo-sexual, gestionado por la correspondiente sensibilidad afectivo-sexual. Pero el problema podría estar en otro campo, o estar relacionado también con otro tipo de sensibilidad, por ejemplo, la relativa al sentido del yo y a la autoestima. Si la persona en crisis no ha resuelto de modo suficiente el problema de la autoestima, captándola en lo que es y en lo que está llamado a ser (como su origen divino y su vocación particular), está claro que tendrá necesidad de una estima que le venga del exterior, de los otros, de ser acogido, de ser amado... O sea que, si la estima no viene de dentro, por fuerza deberá venir de fuera (sin autoestima no se vive, la autoestima debe venir de alguna parte, ¡aunque solo sea ilusoria!). Y justamente este error hará al individuo vulnerable. Vulnerable (= extremadamente sensible) al mínimo gesto de atención dirigido a él y, por consiguiente, dependiente de quien le proporcione la sensación de ser considerado y apreciado, estimado y deseado -digno de ser amado-; bastará con que alguien le dispense una mirada lánguida para sentirse implicado emotivamente (hasta el punto de ser él mismo quien proyecte en los otros sus propios sentimientos y sensaciones, con ilusiones y desilusiones en cadena...). El sujeto vivirá el enamoramiento como un encanto extraordinario precisamente porque parecerá garantizarle de un solo golpe una doble gratificación: la de la necesidad de afecto y la de la necesidad de estima. ¡Paga uno y lleva dos!
Ahora bien, será exactamente sobre esta sensibilidad desequilibrada sobre la que el sujeto deberá ser ayudado a reflexionar, a fin de que comprenda dónde se encuentra su verdadero problema (que tal vez no sea el afectivo y por ende vocacional), a fin de que comprenda a dónde le podría llevar esa sensibilidad incontrolada, para que se pregunte si este es el mejor modo y más realista de afrontar su verdadero conflicto interior (su autoestima) y resolverlo, a fin de que se dé cuenta de que no tiene derecho a usar a nadie para sanar sus propias heridas y reequilibrar sus propios desequilibrios, para que comprenda que tal vez el verdadero discernimiento que debe hacer es el relativo al sentido de su propia identidad y el de su autoestima. Cambiaría radicalmente el modo de afrontar el acontecimiento del enamoramiento, de discernir sobre él y de decidir.
En este sentido podemos decir que muchos discernimientos son o han sido gestionados por un agente equivocado, por una sensibilidad que no era pertinente. Muchas veces nos creemos libres y estar por encima de todo condicionamiento o presión, cuando en realidad ya estamos orientados y atraídos hacia alguna parte, a causa de algún problema que ignoramos (en el ejemplo del apartado anterior: la autoestima).
En la medida en que no somos conscientes esa orientación nos condiciona todavía más, incluso gravemente, y crea en nosotros exigencias y dependencias. Sin conciencia del

hecho de que nos encontramos frente a una elección y actuamos por costumbre, o en cualquier caso de modo pasivo («nos dejamos ir», porque nos parece más sencillo o porque es fuerte la presión impulsiva), entonces perdemos una ocasión y una oportunidad de crecimiento en esa particular sensibilidad encausada por el discernimiento en curso, y corremos el riesgo de que esa misma sensibilidad retroceda o en cualquier caso se deje atraer cada vez más de un modo solo impulsivo y contrario a los valores elegidos.

- En cada sensibilidad actúan otras sensibilidades

Si a todo discernimiento le corresponde una sensibilidad debemos saber que cada sensibilidad supone otras. Todo discernimiento implica y pone en acción diversas sensibilidades. Por ejemplo, el discernimiento dramático (en el sentido de elección absolutamente personal) que culmina en la decisión de creer (la fe), no pide simplemente una adhesión mental a un paquete de verdades reveladas, ni se limita a un asentimiento cualquiera, más o menos determinado por una pertenencia tradicional o devocional. ¡No es una «fe ciega»! Al contrario, la fe tiene ojos y sentidos bien abiertos, los mantiene abiertos e implicados como nunca, es fruto de una acción conjunta de todas las fuerzas y los recursos del hombre, desde los sentimientos a los deseos, desde el afecto a la pasión. Es un acto completamente humano y abierto también al Trascendente. Un acto complejo. Encausa la sensibilidad y no una sola sensibilidad. Más aún, la fe es ella misma sensibilidad, sensibilidad creyente, y punto de llegada de otras varias sensibilidades y un proceso siempre en acto.

- Sensibilidades pedagógico-propedéuticas

En proceso de maduración de la fe entran en juego muchas sensibilidades. Por ejemplo, la sensibilidad intelectual del que busca la verdad con su propia cabeza y su propio corazón, y escruta e interroga la realidad, no se contenta con respuestas prefabricadas o que proceden del exterior, ni tiene la pretensión de comprender todo inmediatamente, sino que es tan inteligente que es capaz de acoger la idea de misterio en su vida y estar frente a él, y tan humilde que se deja iluminar poco a poco por ese misterioso exceso de luz que es Dios. Para crecer en la fe son fundamentales por ejemplo la sensibilidad a la Palabra o sensibilidad bíblica, del que va aprendiendo a escucharla cada día, incluso cuando resulta difícil de entender y todavía más de vivir; o la sensibilidad relacional del que aprende a dialogar con la realidad y con los otros, a sentirse interpelado por la vida y por la muerte, por el dolor y por la duda...; o la sensibilidad amorosa de quien ha descubierto que el mayor acto de amor es dejarse amar por un amor que va más allá de la vida, y la expresión más alta de libertad es la confianza...

Cada una de las sensibilidades que acabamos de ver están abiertas a la fe y a ella conducen, como peldaños de una escalera o afluentes de un río. Y la fe será sensibilidad creyente tanto más fuerte y tenaz cuanto más hayan sido cuidadas estas diferentes sensibilidades.

En consecuencia, si queremos hacer nacer y crecer la fe, y favorecer la capacidad de tomar decisiones como creyentes, será indispensable intervenir sobre todas las sensibilidades que la promueven y robustecen. Si se descuida una de ellas o incluso se la deja ir en sentido contrario, lo sufrirá todo el proceso de discernimiento y la decisión final.

- Atención pedagógica

a) Identificar: En primer lugar se trata de identificar las diferentes sensibilidades que, juntas, contribuyen a la formación de una determinada sensibilidad en la que se desea crecer, en cualquier ámbito de la vida, capaz de llegar a un discernimiento.

b) Activar: No basta con dar un nombre preciso a estas diferentes sensibilidades, en una aproximación únicamente intelectual o teórica. Es preciso intervenir sobre ellas, una a una. He aquí el segundo principio pedagógico: activar estas diferentes sensibilidades pedagógico-propedéuticas, atraer la atención explícita del sujeto sobre cada una de ellas (y no solo sobre el objetivo final que desea conseguir). Objetivo que, a decir verdad, corre el riesgo de ser inaccesible y no ser conseguido jamás cuando no existe ese trabajo preparatorio y que opera sobre los diversos planos.
Por ejemplo, en el campo de la animación vocacional: ¡cuántos discernimientos vocacionales han fracasado a causa de la insipiente precipitación del así llamado guía, que –preocupado por el desenlace final (y, en el fondo, con gran frecuencia, por su propio éxito personal)– ha pretendido dirigirse de inmediato al objetivo esperado, a la decisión vocacional en cuanto tal, sin preocuparse de crear antes una verdadera sensibilidad vocacional o sin la sabia paciencia de pasar a través de las diferentes etapas y componentes de esa sensibilidad (desde la sensibilidad creyente a la relacional, desde la sensibilidad espiritual del que busca a Dios a la del que se hace cargo del otro y de su salvación)! La atracción vocacional solo nace fuerte y auténtica cuando lo hace a partir de un trabajo sobre todas las sensibilidades, de suerte que todas converjan en la misma dirección, del «sentir» esa elección como bella y verdadera para uno mismo.
Si el individuo no se siente provocado a activar sus propias sensibilidades, muy difícilmente podrá descubrir su propia identidad y su propia llamada, sea cual sea.

c) Integrar: Por último, se trata de integrar las diversas sensibilidades activadas. En este sentido, se trata ante todo de hacer dialogar las diversas sensibilidades activadas a la luz del objetivo final.
Por ejemplo, una fe que naciera solo a partir de una sensibilidad orante, por muy piadosa que sea, en alguien que tal vez ignora el rostro del hermano (sensibilidad relacional) o del pobre (sensibilidad social) como lugar misterioso de la presencia divina: su fe sería débil y pobre, puesto que estaría construida solo sobre la sensibilidad orante que no entra en diálogo con la sensibilidad relacional, sustancialmente ausente. En efecto, el Padre-Dios revelado por Jesús no habita únicamente, ni tampoco de manera preferencial, ¡en el Templo!
La tarea del guía no solo es activar las sensibilidades sino ponerlas en diálogo, para que converjan hacia el mismo objetivo: responder a la acción del Dios que busca al hombre con esa respuesta que es la fe; hacer comprender que una sensibilidad tiene necesidad de la otra y nace de la otra, la ilumina y es iluminada por ella, la provoca y es provocada por ella, en una relación de reciprocidad que no puede más que hacer crecer la opción creyente del sujeto y da la fuerza de discernir como creyente. Y todo ello en una vida y en una personalidad cada vez más integradas en torno a la sensibilidad creyente.

II. Discernimiento y crisis afectiva

Formadores: solo quien ha aprendido a vivir en estado de discernimiento y a realizar un discernimiento correcto sobre sí mismo puede acompañar a otros en el camino de búsqueda de lo que es bueno, grato y perfecto a Dios.

- La crisis

El término «crisis» remite precisamente a nuestro tema central: el verbo griego krino significa separo, distingo, cribo, juzgo, decido, valoro, ¡discierno! La expresión ha tomado una acepción negativa que hace pensar en una situación problemática; sin

embargo, desde la etimología de la palabra crisis asume un matiz positivo: un momento de reflexión, valoración, discernimiento, presupuesto necesario para una mejora, para un renacimiento, para un reflorecimiento próximo y posible. ¡Puede convertirse en la hora de Dios!

La crisis es la conciencia sufrida de una particular no correspondencia entre lo que la persona es (= yo actual) y lo que debería ser (= yo ideal), desfase que demanda la toma de una decisión. Son tres los elementos esenciales de una crisis:

1) Conciencia sufrida, no se trata, pues de una constatación cualquiera, sino de una toma de conciencia dolorosa, porque se ha faltado a algo importante, a un ideal o a una relación,
2) ...de una particular no correspondencia, no se trata de una simple y vaga sensación de algo que no funciona, sino de la identificación de una incoherencia entre el ideal personal y la vivencia personal,
3) ... demanda tomar una decisión, de no permanecer en una cierta componenda, en un stand-by infinito.

La crisis es se encuentra en el origen de los cambios o de las conversiones, es un componente normal de un camino de formación permanente.

Hay muchos modos de vivir o no vivir las crisis. Está, por ejemplo, el que no está nunca en crisis, siendo que debería estarlo (¡y le haría mucho bien!), también existe quien está siempre en crisis, aunque nunca por el motivo adecuado o porque a sus crisis les falta la fuerza para tomar una decisión. Están los que nunca quieren afrontar la crisis y la congelan, aunque sientan una cierta incomodidad, y remiten los problemas que deberían resolver a quién sabe cuándo, hasta que explotan... Están también los que bromean con la crisis, como si no se dieran cuenta de la contradicción que conlleva en sí mismo un determinado estilo de vida.

La crisis implica consecuencias inevitables para quien desde la misma crisis pasa inmediatamente a la acción sin elaborarla: como el célibe por el Reino que se enamora y concluye que esto es el signo inequívoco de que está llamado a otro camino. Y ¡¿cuántos hay que viven crisis inútiles, sin aprender nunca nada de ellas y repiten impávidos y obstinados siempre los mismos errores?!

En todo caso, en cada una de estas varias tipologías, la crisis es como sufrida, no hay una gestión inteligente de la misma de la que venga una decisión bien motivada. En una palabra, no hay discernimiento.

- Crisis afectiva

La crisis afectiva más notable en la vida de un célibe consagrado es la conciencia sufrida de un particular conflicto entre el amor de Dios, que el célibe ha puesto en el centro de su vida, y un amor humano que desearía insertarse en ese espacio central, un conflicto que requiere la toma de una decisión y que -de todos modos- causará sufrimiento.

Pero hay también crisis afectiva cuando la "presunta" centralidad del amor de Dios no se confirma en el estilo y en los modos del amor humano que debería manifestar el célibe en toda relación; o cuando ambos amores, el dirigido a Dios y el dirigido a la criatura, son débiles y "plano su electrocardiograma", y la persona permanece aparentemente tranquila (¡incluso demasiado!), enamorada como está de su propia mediocridad; o cuando la decisión de dedicarse a las cosas de Dios se convierte en una coartada para no percibir las necesidades del hermano (se refugia en su rol institución eclesial); o cuando incluso el rol institucional se interpreta como poder que permite (ab)usar del otro para la propia gratificación afectivo-sexual... Y las ejemplificaciones o las tipologías podrían continuar. La crisis afectiva, en suma, no es solo la crisis clásica del sacerdote enamorado.

- «Dame un corazón capaz de discernir». Sentidos atentos y sensibilidad vigilante

Veamos paso a paso el camino de una persona consagrada, un sacerdote o seminarista frente a un enamoramiento.

La primera indicación pedagógica se refiere al estado general de vigilancia de la persona y a la consiguiente capacidad de interrogarse en cada instante, idealmente: ¿qué está pasando? ¿Por qué estoy experimentando esa determinada sensación? ¿Qué me está diciendo esta emoción? ¿De dónde viene este sentimiento? ¿Cómo es que esa persona me atrae mientras que a esa otra no la soporto? ¿De dónde vienen esas pocas ganas de hacer las cosas, esa media depresión que me pone gris y me hace ver todo más oscuro? ¿Es proporcionada la reacción que he tenido a la observación que me ha hecho un superior o el sacristán? ¿Cómo se explica esa pizca de fastidio cuando me he enterado de que mi antiguo compañero de seminario, que no vale gran cosa, ha sido ordenado obispo, mientras que yo estoy aquí todavía luchando con los líos de la parroquia? ¿O qué significa ese prurito interior, también molesto, que advierto en mí cuando la gente alaba ante mí las homilías del Padre Julio (que se las descarga de la red)?¿Cómo es que me permito cada vez más cosas a las que antes había decidido renunciar? ¿Qué ha pasado en mi vida que ya no siento tanta atracción por la oración? ¿Es posible que haya cierta... conexión entre el mucho tiempo que pierdo navegando en internet y el hecho de que mi vida... navegue en la mediocrida? ¿Estoy cada vez más criticón y negativo, viejo e insoportable...? Y el racimo de preguntas podría continuar.

Las primeras normas pedagógicas del discernimiento son muy simples, incluso elementales: la atención a uno mismo y el valor de interrogarse. Algo que, por un lado, exige paciencia y constancia, y, por otro, ofrece la posibilidad de percibir lo que está pasando en nuestra propia vida, para no perder la libertad de vivirla en plenitud. Por eso no es preciso mostrarse despiadado con uno mismo o correr el riesgo de mostrarse obsesivo, basta con ser realistas y en cualquier caso no contentarse con plantearse preguntas o tener dudas solo cuando el declive de la vida es evidente y tal vez transgresivo, sino aprender a estar atentos a ese «prurito» o a esa «pizca de fastidio interior» aparentemente inocuos.

Es sorprendente cuántos son los casos en los que la persona puede llegar a extremos: un estilo relacional que no es precisamente típico de la persona virgen, la pérdida de todo impulso afectivo, el vivir contemplando solo los propios intereses, incluso abusando del otro... y todo ello ¡sin caer en crisis¡¿Por qué? Evidentemente porque la persona no ha aprendido nunca a vivir en estado de discernimiento. Y de este modo ha ido perdiendo progresivamente los contactos con su yo más profundo, o ha perdido los sentidos, y la posibilidad de ver, sentir, tocar... lo que estaba ocurriendo en su propia historia, y con ellos también la sensibilidad que permite percibir y sufrir la degradación de la propia vida. Está claro que en un determinado momento, o bien una vez que el individuo ha llegado a un cierto tipo de insensibilidad, hace falta una ayuda específica, una intervención desde fuera, en ocasiones hasta de tipo profesional o especialista (psicoterapia), pero no habría hecho ninguna falta recurrir a todo esto si el mismo sujeto hubiera aprendido el arte y la fatiga, humilde e inteligente, de prestar atención a sí mismo, en tiempo real, sin esperar al examen de conciencia de la noche (que será trivial y superficial) o el momento de la confesión (también ella repetitiva e indolora). Dicho con otras palabras, el aprendizaje del discernimiento como estilo normal de vida nos hace ser verdaderos con nosotros mismos y libres de aprender, de dejarnos poner en crisis por la realidad, impide los procesos de desgaste psicológico y envejecimiento espiritual donde todo está plano y nada calienta el corazón, y la persona –a estas alturas incapaz de sufrir y gozar– va en busca, precisamente por eso, de situaciones excitantes (no importa que estén fuera de tono).

En este sentido el discernimiento no sirve solo para gestionar la crisis, sino que es lo que pone en crisis a la persona. Por consiguiente, si bien es la sensibilidad la que pone en marcha el dinamismo del discernimiento, también lo es lo contrario: es el discernimiento lo que provoca a la sensibilidad y la confronta, la mantiene despierta y solícita al crecimiento, y al final la juzga.
El discernimiento es amigo fiel, y como un amigo veraz tiene el valor de decir la verdad. Y de mucha verdad tiene necesidad el que llega a encontrarse en una crisis afectiva.

- Activar la sensibilidad

En la crisis afectiva la tendencia (o la tentación) es la de pensar en una problemática de naturaleza exclusivamente afectivo-sexual. En realidad no es así, tanto porque la afectividad-sexualidad se sitúa por su propia naturaleza en el centro de la geografía intrapsíquica humana y, por consiguiente, está conectada inmediatamente con las otras áreas de la personalidad (y, por tanto, con otros impulsos, energías, necesidades...) , como porque la afectividad-sexualidad posee la característica de la plasticidad, por lo que puede funcionar –en concreto– como caja de resonancia de problemas originados en otra parte, o puede esconderse ella misma bajo falsas apariencias, o bien determinar problemas en otras áreas. En el primer caso nos encontraremos, pues, ante problemas en el área afectivo-sexual, pero que no han nacido en esa área (por ejemplo, la masturbación como reacción a la percepción de un fracaso en el área relacional); en el segundo –por el contrario–, la molestia se encontrará en cualquier área, pero su raíz habrá que buscarla precisamente en la afectivo-sexual (por ejemplo, el cierre a la relación con el otro o el miedo frente a él, incluso frente a Dios, ligado a una violencia sexual padecida). Esto basta para comprender cómo también el discernimiento, en los casos de crisis afectiva, no tiene más remedio que ser complejo, nunca dado por descontado, ni interpretado de manera superficial («el hecho de que ames a una mujer significa que eres normal, no te preocupes»), o con llamadas moralistas («solo se trata de una tentación, pero tú resiste, sé fiel...»), o ingenuos minimalismos comportamentales («lo importante es que seas capaz de controlarte...»), o recomendaciones exclusivamente espirituales («debes orar más...»), o deducciones simplistas («si te has enamorado significa que debes casarte...»), o interpretaciones des-responsabilizadoras («la culpa no es tuya, sino de este mundo tentador o de quien quería seducirte...»), o trivialidades pseudo-tranquilizadoras («eso le pasa a todos, ya verás que con el paso del tiempo el corazón vuelve a su sitio por sí solo...»), o consejos sin pies ni cabeza («se trata de una cuestión hormonal, intenta desahogarte de algún modo, con el ejercicio físico, con algún hobby, o entrégate todavía más al trabajo, un diablo expulsa a otro diablo...») .

III. Pedagogía del discernimiento

a) Activar la sensibilidad psíquica: sinceridad y realismo

Se trata de activar la sensibilidad psíquica en dos direcciones:

- Coraje de reconocer los sentimientos

En primer lugar, el sujeto debería partir del coraje de poner un nombre a lo que está pasando, con realismo y sinceridad. Algo que no siempre resulta sencillo cuando anda por medio el afecto y el sujeto está confuso, y tiene razones para estarlo. Con todo, es importante, por ejemplo, que reconozca que está enamorado, que use esta expresión sin esconderse de sí mismo y, al mismo tiempo, sin dejarse arrastrar como un preadolescente por la experiencia que está viviendo, sino aprendiendo a relativizarla lo más posible. Así

pues, no hay lugar a ningún catastrofismo o desesperación, ni tampoco a ningún automatismo entre enamoramiento y traición vocacional, ni entre enamoramiento y opción vocacional como forzosamente alternativa.

- La sinceridad comienza por el lenguaje

Hay una primera sinceridad que nace de la corrección y la idoneidad de los términos y de las expresiones que usamos para contar, a nosotros –en primer lugar– o a los otros (al guía o al confesor, por ejemplo), lo que estamos viviendo. Voy a poner algunos ejemplos, porque esa sinceridad en el lenguaje no es algo que pueda darse en absoluto por descontado (especialmente entre los que presumen conocerse).

Por ejemplo si estoy experimentando una sensación de soledad, y voy de inmediato en busca de contactos (en los miles de modos que hoy se pueden practicar) para llenar ese vacío y no experimentar la angustia de estar solo conmigo mismo, aunque no estoy haciendo, "seguro", nada ilícito y transgresor, y vaya a buscar a aquellos a los que elijo y con los que me gusta estar, pero que probablemente no podré decir (y decirme) que actúo así para madurar en mi capacidad de relación y socialización («en el fondo soy un ermitaño..., y además no estoy haciendo nada malo»), sobre todo si esto se convierte en costumbre, y costumbre egocéntrica: sería un (auto)engaño. Seré más correcto y sincero si tengo el valor de decir (y decirme) que también estoy buscando relaciones porque me da miedo encontrarme solo y me produce ansiedad la compañía de mí mismo, o porque todavía no he aprendido lo saludable y liberadora que es el habitare en sí mismo, especialmente cuando se percibe como estar de cara a Dios (coram Deo), o no he descubierto todavía que para ser capaz de estar en compañía uno debe haber aprendido a vivir consigo mismo, en esa soledad silenciosa que obliga al corazón a volverse sabio. Así pues, ese gesto es o corre el riesgo de ser una concesión, ligera mientras quiero, pero siempre concesión, como una cesión (así etimológicamente) a la parte menos madura de mí mismo, esa que poco a poco hace que me preocupe más por cuidar mis heridas (a través de los otros) y mucho menos de salir al encuentro de las ajenas. Esta es la verdad.

O bien, si busco en la red imágenes sexuales equívocas, no podré decirme que esta es a lo sumo una «venial distracción recreativo-relajante después de una jornada fatigosa», sino que seré más honesto al decir que estoy gratificando con retraso una necesidad psicológica típica de la preadolescencia (como es precisamente la curiosidad sexual). O sea, esta es y se llama regresión, en la que –además– no desdeño tratar el cuerpo del otro como objeto para mi satisfacción . ¿Es únicamente «venial y relajante» todo esto? ¿Son términos apropiados?

De este modo, si vivo una o más relaciones y tengo muchos contactos gozo mucho de ellos porque me siento en el centro del interés general y estoy supersolicitado, no basta con decirme y asegurarme que, ¡vamos!, «ni siquiera sería normal no gozar de la relación..., y además estos son los riesgos que corre el que tiene el valor de entrar en lo vivo de las relaciones humanas, como quiere el papa Francisco...». Será así, pero la realidad es que yo estoy usando también la relación para mis economías afectivas y, en la medida en que la vivo así, esa relación o ese estilo relacional se está convirtiendo en un abuso de los otros, no tan grave, pero siempre un «uso impropio»: eso es lo que está pasando, el resto son historias.

Y si me siento oprimido por el acostumbrado sentido de inferioridad y me sumerjo en el trabajo, en el estudio, en el apostolado... para salir, y si hasta me encuentro demasiado mal cuando no tengo el éxito que esperaba, tampoco aquí basta con decir que todo el mundo se sentiría mal al constatar la pobreza de los resultados después de haberse sacrificado tanto por el Reino. La verdad es que lo que hago es también una compensación para sentirme alguien. No lo será al 100%, pero basta con que lo sea incluso solo en parte

para justificar mi atención seriamente autocrítica y discernir dónde debo trabajar sobre mí mismo y convertirme, sin pérdida de tiempo. En todo caso, el respeto de la realidad y de mi rol, de los otros y... del Reino por el que declaro trabajar me impone no contarme medias verdades, ni jugar al escondite conmigo mismo .
El discernimiento, y no solo la sinceridad, empieza con el coraje de usar palabras claras y expresiones adecuadas, aunque puedan molestarnos y parecernos excesivas en un primer momento. Concesión, regresión, abuso, compensación no se vuelven realidades de inmediato terribles o necesariamente ilícitas, pero sí tienen el poder de desvelarme a mí mismo o de descubrir pequeños ángulos ocultos de mi mundo interior, sacudiendo el sueño o el letargo de mi (in)consciencia: en efecto, una cosa es decir que ese modo de actuar es una «venial recreación relajante», y otra decir que es «regresión preadolescente». Del mismo modo que es diferente confesar que uno se busca un poco a sí mismo en la relación, o bien descubrir que el propio modo de hacer es de hecho ¡abusar del otro! . Si no tengo el valor de llamar a las cosas por su nombre, y empleo eufemismos o giros de palabras para atenuar, redimensionar, justificar, no ponerme demasiado en tela de juicio..., corro el riesgo de no descubrir nunca el que soy ni discernir nunca lo que tengo en el corazón. Y llegar tal vez poco a poco a concesiones, regresiones, abusos y compensaciones verdaderamente graves.
Obviamente todo esto, o esta franqueza verbal, muy ayudada y provocada en una dinámica relacional, sale mejor si otro me hace advertir la trampa de la aproximación verbal y de la poca exactitud interpretativa subjetiva.

b) Activar la sensibilidad intrapsíquica: verdad y transparencia interior

Ir como una peregrinación: de la sinceridad a la verdad. Desde la percepción honesta de la sensación y de la pasión interior (= sinceridad) a la identificación de su raíz (= verdad). O desde la apariencia a la realidad.
Ese paso ya se había iniciado en cierto modo con la actitud indicada al comienzo de este itinerario pedagógico, o sea, con la predisposición general a interrogarse, a ir más allá de la superficie de las cosas y de los gestos, a tener el valor de poner en tela de juicio inquietudes, molestias interiores, sensaciones particulares..., y a ponerse uno mismo en tela de juicio frente a lo que se agita en nuestro mundo interior. Ahora se trata de continuar en esa línea, pero tomando en consideración de manera explícita el área afectivo-sexual, y –de hecho– lo que la persona en crisis afectiva está viviendo, justamente para llegar cada vez más a la raíz de esa situación crítica, que no ha nacido en el vacío.
Así pues, en concreto, la sensibilidad intrapsíquica ha de ser activada con una serie de preguntas útiles, por ejemplo: «¿de dónde viene esta tensión y atracción?», «¿qué está diciendo este enamoramiento de mi camino de maduración, o qué revela de mí?», «¿qué indica en mí el sufrimiento que estoy sintiendo por la ausencia de esta persona?», «¿de qué me defiende esta relación, o qué me permite evitar?», o –al contrario– «qué me sustrae o de qué me hace correr el riesgo de alejarme?». Sin desdeñar preguntas más concretas: «¿Cuánto tiempo, material... y mental, paso con esta persona?», «¿cuántas veces me pongo a leer los mensajes en mis instrumentos de comunicación, esperando encontrar algún mensaje suyo?», «¿qué me está diciendo la reacción de mi cuerpo?». Y aún: «¿cómo he llegado a este punto, hasta implicarme tanto?», «¿qué estoy deseando, en realidad, más allá del objeto inmediato o de la relación con una persona concreta?», «¿cómo es que me estoy permitiendo gestos, contactos, expresiones... que, en un tiempo, en momentos tranquilos, habría excluido firmemente de mi conducta?, ¿por qué ha cambiado mi juicio moral», etc.

Por otra parte, ya hemos señalado que la crisis afectivo-sexual está originada con frecuencia por problemas no resueltos de otra naturaleza. De hecho, la gran mayoría de los enamoramientos en la vida del célibe consagrado nacen precisamente en el área de la identidad y de la autoestima, que se convierte por ello en el ámbito en que hay que intervenir. Se trata de un discernimiento decisivo: no captar la raíz del problema significa errar el diagnóstico y, en consecuencia, fatalmente también la terapia. ¡Como ha pasado demasiadas veces!

- Discernir aprendido y en acto, antes y después

También en esta etapa, o en esta sensibilidad por activar, hay un discernimiento aprendido y otro en acto: el individuo o el peregrino que aprende cada día a realizar la peregrinación desde la sinceridad a la verdad, sin esperar a encontrarse en una crisis afectiva, aprende asimismo a distinguir de modo más profundo entre el bien y el mal, o descubre incluso que el bien (o lo que se presenta como tal) no está necesariamente animado por una buena motivación. Aprende a discernir también en su posible enamoramiento huellas de ambigüedad: búsqueda de sí mismo, rasgos infantiles-adolescentes, idealización ingenua del amor (y de la amada), deseo de posesión o uso instrumental de la otra para los propios intereses o como sanación de las propias heridas, necesidad de estar en el centro de la relación, baja autoestima y consiguiente necesidad de sentirse apreciado o de resultar interesante, fascinación adolescente del fruto prohibido e incomodidad con la propia soledad cada vez más insoportable ...

No surge, ciertamente, espontáneo ni automático pasar de ser sinceros a ser verdaderos consigo mismo, por eso ha sido importante, en la formación inicial, y sigue siendo decisiva, en la formación continua, la así llamada fase educativa, aprender a escrutar el propio corazón y sus sentimientos para hacer aflorar la verdad, incluso la menos grata, y también aquella más verdadera de la experiencia de la gracia que me salva. Por eso es siempre importante una ayuda externa, para poder reconocer lo que subjetivamente corremos el riesgo de no ver dentro de nosotros.

c) Activar la sensibilidad moral: la identidad como criterio

En la dimensión moral la tendencia o tentación es ver la cosa en términos muy claros: ¿es pecado o no es pecado? Ahora bien, sabemos que cuando alguien está enamorado tienden a ofuscarse y confundirse los lindes entre las dos realidades. Sobre todo el área de lo «lícito porque no es canónicamente pecaminoso» tiende a extenderse de manera peligrosa. En todo caso, no sería signo de conciencia madura contentarse con la adecuación a una regla, o simplemente estar atentos a no rebasar ese límite estratégico más allá del cual se faltaría al deber. Volveríamos a recaer aún en la vieja esclavitud de la Ley, o en el extrinsecismo moral, donde la ley es a lo sumo observada, pero como algo que sigue siendo exterior a mí, no es amada como aquello que confiere belleza y verdad a mi acción.

Del mismo modo, en el otro extremo, tiende a extenderse la otra área, la del «es lícito porque mi conciencia me dice que está bien». Obviamente, la libertad de conciencia es un principio sacrosanto, pero suscita al menos alguna duda la actitud del que pierde el sentido de los confines y de los límites en la relación, franquea umbrales de intimidad física y psíquica con una discreta desenvoltura, se compromete cada vez más a nivel corporal, tal vez reivindicando –precisamente– el derecho a actuar según su propia conciencia o sensibilidad moral.

El punto de referencia, o criterio educativo, está constituido por la identidad de la persona: o sea, que la sensibilidad de cada uno ha de ser educada cada vez más para configurarse

con su propia identidad, para sentirla como la propia verdad, belleza y bondad, para sentirse atraída por ella como fuente de la bienaventuranza y, por consiguiente, a amar lo que la persona está llamada a ser, y a amar con el estilo típico del propio yo ideal.
Mucho más conveniente y eficaz para la persona que está en crisis afectiva es plantearse la pregunta: «Lo que estoy haciendo, mi estilo relacional con esta persona, los gestos y los diferentes contactos, ¿están de acuerdo con mi identidad de persona virgen, expresan esa identidad, son un testimonio límpido y coherente de ella, hasta el punto de que podría hacer todo esto también en público?». Este conjunto de preguntas es más apremiante, facilita el discernimiento sobre la calidad y la verdad de la propia implicación afectiva y por lo general deja menos espacio a las defensas y a los autoengaños. Si, después, el individuo, en lo que se refiere a la última parte de la pregunta («¿podría hacer todo esto también en público?»), se refugia en el acostumbrado: «Es que los otros no podrían comprender lo que hay entre nosotros», muestra no solo una actitud defensiva y al mismo tiempo presuntuosa, sino también la gran confusión que reina en su corazón. Esa confusión que normalmente caracteriza a quien nunca ha aprendido a discernir lo que es verdadero, justo y santo, y a conservarlo en su corazón, para contarlo después con sencillez a los otros. Si los otros no pueden comprender de ordinario, es que hay alguna ambigüedad en mí.

d) Activar la sensibilidad relacional: Dios en el centro de la relación

El enamoramiento es, evidentemente, un fenómeno relacional (aunque quién sabe cuántos personajes existen perdida y peligrosamente enamorados de sí mismos y del espejo en el que se contemplan, ¡como el Narciso del mito!). En consecuencia, es lógico que entre las sensibilidades que deben ser activadas y con las hay que confrontarse esté también la relacional. Para comprender y discernir si de verdad es así, o si por casualidad se le ha reservado al socio relacional un papel realmente secundario y el respeto que se tiene a su persona.

- Respetar

No es muy raro encontrar a presbíteros implicados en relaciones intensamente sentimentales que mantienen a la mujer en una condición de evidente inferioridad, aprovechándose de su rol y de autoridad, como si no tuviera gran importancia saber lo que ella está experimentando. Parece como si lo que cuenta para ellos es la subjetiva sensación de gratificación, en el interior de una lógica que, para usar palabras verdaderas, deberíamos llamar autoerótica.
Antes hemos puesto algunos ejemplos de actitudes presbiterales que van en esta dirección, desde el individuo que frecuenta con ligereza sitios pornográficos al individuo que vive una cantidad industrial de relaciones para sentirse importante y atractivo. En ambos casos el sujeto usa y abusa del otro, se sirve de él para sí mismo, no respeta su dignidad, no se da cuenta de que corrompe la autoridad que le viene del rol, con ese poder que deriva del rol, un poder que ofende y humilla especialmente a los pequeños y vulnerables. Un poder que es la sustancia infecta del virus del clericalismo.
El énfasis actual puesto en los escándalos y abusos sexuales debería hacernos comprender que tales escándalos y abusos no son únicamente violencia sexual explícita, sino que existen también... en un formato menor y aparentemente inocuo, allí donde se producen abusos pequeños o menos explícitos que nunca son objeto de discernimiento por parte de la persona.

- Responsabilizarse

Otro aspecto relevante para discernir la calidad y la naturaleza de la relación es verificar en qué medida la persona del presbítero vive con sentido de responsabilidad la relación misma. A veces resulta desconcertante constatar exactamente lo contrario, o bien la irresponsabilidad con que él, una persona adulta, vive un cierto tipo de relación con un menor (este es el caso más grave, pero no debería haber necesidad de grandes discernimientos para comprender la miseria del asunto), o el pastor mantiene una relación sentimental con una mujer, una relación que se revela imposible por mil motivos: porque ella es esposa y madre, o es joven y tiene todo el derecho a proyectar su propia vida futura de un modo realista y no derrochar unas energías preciosas en una relación improbable, o porque él desea mantener abiertas, con una discreta hipocresía, ambas posibilidades (continúa ejerciendo el ministerio y al mismo tiempo no quiere renunciar a una relación que le resulta tan gratificante).
Produce desconcierto ver cómo el presbítero muestra en todo esto la falta de un mínimo sentido de responsabilidad, y parece como si se aprovechara de la poca edad de la persona, o de su fragilidad, o de su confusión interior, tal vez de su estado de crisis conyugal...; o que se defienda cargando sustancialmente la culpa sobre ella («es ella la que insiste...», «si corto le hago daño, me ha amenazado incluso con quitarse la vida...»; «por mi parte yo ya habría cortado la relación si no fuera porque la tengo siempre encima...», «el problema es suyo, no mío...». Y hasta da rabia cuando el sacerdote, después de haber seducido a la otra y haber jugado irresponsablemente durante mucho tiempo con sus sentimientos (otro exquisito signo de poder), tiene la desvergüenza de decir: «Pero si yo no siento nada por ella, es ella la que está loca por mí...», o sea, que antes la ha buscado y usado, y después, una vez ha acabado de exprimirla, también puede echarla. ¡Un perfecto ejemplo de clericalismo!
Las preguntas útiles para el discernimiento giran aquí en torno a esta pregunta: «¿En qué medida soy y me siento responsable de esta persona? ¿Cómo vivo esa responsabilidad ante Dios, frente a quien me la ha confiado o ante la comunidad y a quien se fía de mí?».

- Estilo relacional virginal: algunos criterios

A fin de ayudar en el discernimiento pueden ser de utilidad algunos criterios relativos al estilo relacional típico del célibe por el Reino. El verdadero objeto del discernimiento en las crisis afectivas no es la alternativa entre el permanecer (en la institución) o cambiar de estado, sino la calidad de mi modo de amar y de mis relaciones: es esta la que posiblemente debe cambiar. Está claro que, si el estilo no confirma el ideal elegido, disminuirá la capacidad de atracción de este ideal y me sentiré más atraído por una opción alternativa.

1- <u>Hacerse a un lado, el centro corresponde a Dios:</u> La persona célibe debe vivir muchas relaciones, pero sin ocupar nunca el centro, porque el centro de la vida de toda persona y de toda relación corresponde a Dios; y precisamente por eso ha optado por ser célibe, para dar testimonio de que solo Dios puede saciar la sed infinita de amor del ser humano. Es un criterio muy iluminador interrogarse sobre el sitio que ocupamos en la vida de los otros.
2- <u>Rozar con delicadeza al otro:</u> El pastor, célibe por el Reino, está llamado a vivir muchas relaciones, pero no a partir del cuerpo y de su capacidad de atracción, o en virtud de la gratificación sensorial del contacto físico. Así estará atento a adoptar un estilo particular, compuesto de delicadeza y atención, respeto de los sentimientos y sobriedad de gestos, para no ligar a nadie a sí mismo y no usar/abusar del cuerpo ajeno, sino –al contrario– para hacer resaltar incluso en el

estilo y en los modales, en los gestos y en las palabras, en los sentimientos y en el modo de expresarlos, ese punto único de encuentro que es Dios.

3- Amar a Dios con corazón humano, amar al hombre con corazón divino: El presbítero célibe está llamado a combinar dos modos de amar, humano y divino, entre ellos y con los dos objetos de su amor, Dios y el hombre. Como una doble síntesis. Hay verdadera madurez afectiva cuando se cruzan ambas dinámicas (y es en verdad algo que tiene que ver con la cruz) con sus respectivos objetivos. Por consiguiente, se trata de amar a Dios con el propio corazón totalmente humano, y, por tanto, con un afecto verdadero y que invade la sensibilidad, y –al mismo tiempo– se trata de amar al hombre, pero con un estilo cada vez más semejante al modo de amar de Dios, con su libertad e intensidad, ese Dios que se siente atraído particularmente por el que no se siente amado. El celibato no es solo amar a Dios hasta el punto de renunciar al amor humano, sino hasta el punto de ¡amar al hombre con el mismo corazón de Dios!
   Un estilo afectivo demasiado equiparado al humano hace perder el sentido y el gusto de la opción por el celibato, orientando hacia una opción diferente.

e) Activar la sensibilidad espiritual: la lucha con Dios

Con esta sensibilidad, que debería ser típica de la persona virgen por el Reino, la crisis del enamoramiento deja de ser un hecho únicamente psicológico y se convierte en un hecho espiritual. Ya no es más una lucha solo psíquica, contra los instintos y las tentaciones, sino religiosa, con Dios y con su amor, que quiere ser el primero para que yo ame más a cada persona y me deje amar plenamente por él para amar como él. El celibato sacerdotal podría no reducirse, al final, a la contestación un tanto ideológica a una ley, sino a la contestación de mi modo de ser y de amar a Dios y a los otros.
La crisis afectiva puede llegar a develarse como la hora de Dios. La indicación pedagógica es, por consiguiente, clara y neta: es preciso hacer entrar a Dios en la crisis del corazón, y no mantenerle fuera pensando que se trata de dos mundos incomunicables. Si la vida habla cuando hay un corazón que escucha, es posible que el corazón no se ponga nunca tanto a la escucha como cuando experimenta un amor intenso. Así pues, también ahí, e incluso a través de ese amor tan humano Dios puede hacerse sentir mejor. Podría ser su hora.
Algunas preguntas que podrían ayudar al sondeo del corazón, pero esta vez a partir del punto de vista de Dios: «¿Qué me está diciendo Dios, de mí y de Dios mismo, a través de esta prueba?, «qué me está dando y pidiendo?», «¿dónde está el Señor en todo esto, y adónde me quiere llevar?», «¿qué gracia me tiene guardada a través de esta vicisitud?», «¿quién está –en realidad– en el origen de esa sensación de vacío y soledad, o por qué se siente solo mi corazón?, ¿no podría estar Dios en el inicio y también en el final de este deseo de un amor más grande?». «Cuál es la tentación más fuerte y seductora en esta circunstancia?», «¿Me estará diciendo Dios que ya no le basta mí modo de vivir mi celibato, que no puedo contentarme con repetir y repetirme, que hoy debo renovar y volver a motivar mi ofrenda, que debo aprender a tener una nueva intimidad con él, y descubrir un amor nuevo, un modo nuevo de vivirlo y de dar testimonio de él...?».

f) Activar la sensibilidad decisional: del deseo a la elección, de la elección humana a la elección cristiana

Toda crisis, también la del enamoramiento, debe determinar una dirección, una elección, porque de lo contrario se convierte en una cómoda coartada para que nada cambie, que

es en todo caso una decisión-de-hecho, a través de la cual se permite la persona llevar una doble vida o las diferentes situaciones de componendas que conocemos, aunque a escondidas.
La activación articulada de los diferentes tipos de sensibilidad que hemos visto debería provocar a la persona a realizar una elección, a fin de no continuar viviendo un celibato mediocre, por ejemplo, o lleno de componendas, o de contradicciones, o incluso una doble vida, para situarse en todo caso en una actitud de mayor autenticidad personal y verdad vocacional. Sobre todo, la activación de las diversas sensibilidades nos ha ofrecido nuevos elementos, diferentes perspectivas, provocaciones inéditas; al mismo tiempo nos ha permitido aclarar puntos oscuros, corregir distorsiones perceptivo-interpretativas, eliminar ilusiones y expectativas irreales. Todo esto debería poner ahora al sujeto en condiciones de realizar una elección, en un sentido o en otro. En libertad, porque ahora puede captar con una mayor verdad el sentido de lo que está viviendo desde diversos puntos de vista, tantos cuantas son las sensibilidades activadas.
Deberá llegar a tener el coraje de decidir; pero ¿qué es lo que genera en nosotros la fuerza necesaria para tomar una decisión? La respuesta es conjuntamente psicológica y espiritual: la fuerza de la decisión procede de la intensidad del deseo.
Se elige porque existe un deseo intenso que atrae en esa dirección. Desear significa concentrar todas las propias energías en la tensión hacia algo que la persona siente como central para su vida. La crisis afectiva, vivida a través de las sensibilidades que hemos visto, se puede reconducir en el fondo a esta pregunta: ¿Qué es lo que está y qué es lo que quiero que esté en el centro de mi vida?
Nostalgia, arrepentimiento, decepción, disgusto, frustración... nada de esto existiría si no hubiera habido antes el deseo de Dios, el deseo de que sea el único, el centro, el tesoro, el origen y el destino de todo afecto personal. Por otro lado, no se puede pretender que siempre se mantenga vivo el fuego ardiente de la pasión por Dios en el hogar de nuestro corazón, ¡no es posible! A veces hay o parece haber solo ceniza en ese hogar que parece apagado y no estar ya en condiciones de calentar la casa. Lo importante es que debajo de la ceniza haya brasas y despertemos el deseo de soplar en ellas.
Discernir en la crisis afectiva significa sobre todo discernir la presencia de las brasas y del deseo de soplar en ellas. Y el sufrimiento del corazón, tal vez atraído (aún) por otros amores, puede convertirse en el momento providencial que hace divisar, más allá de estas atracciones, no solo la fidelidad del Dios todavía y siempre enamorado del hombre, sino el tizón todavía ardiente del deseo de amarle por encima de todo y de todos, por encima de nuestras contradicciones y pasiones.

- Un hilo de fondo

Otro elemento significativo y decisivo para orientar la decisión es la coherencia interna que debería ser posible leer entre una sensibilidad y otra. Como “un hilo rojo” que permite ligar entre ellas las diferentes sensibilidades, y entrever entre los distintos discernimientos realizados en cada una de ellas; algo así como una actitud o motivación o modo de ser que es constante y se repite de modos diversos, y que va en una dirección precisa. Es como si la sensibilidad psíquica e intrapsíquica, moral, relacional y espiritual dieran cada una, una respuesta que subraya de diferentes modos una misma actitud interior de fondo de la persona, frente a la cual es menos problemática y más sencilla de encontrar la decisión final.
Si, por ejemplo, el trabajo sobre la sensibilidad psíquica y además intrapsíquica me hace entrever una tendencia sutil a usar al otro para mis propios fines, que deriva asimismo de una falta de estima respecto a mí mismo; si la sensibilidad moral y relacional me revelan a su vez la presencia de un cierto descuido en mi modo de relacionarme con el otro, poco

o nada atenta a mi propia identidad y a mi responsabilidad con respecto a ellos y a su dignidad; y si, por último, la sensibilidad espiritual me hace reflexionar sobre la llamada de Dios, que me pide que salga de la lógica del otro-para-mí, del uso-abuso relacional para aprender a amar a su manera y con los sentimientos de su Hijo; en este momento tengo en mi mano unos elementos bastante seguros para leer el sentido de la posible crisis afectiva y de la consiguiente implicación emotivo-afectivo-sexual con una mujer. Los diferentes discernimientos practicados en las distintas sensibilidades me suministran un cuadro preciso sobre mi tendencia a servirme del otro, un sentido funcional a mi situación interior del que el enamoramiento será también como una consecuencia. Responderá a una exigencia-urgencia interior: la de recuperar el sentido de mi positividad y amabilidad a través del otro, o sea, la mujer de la que creía estar enamorado y de la que ahora descubro que he intentado usar, como confesó T. Merton, «para romper la presa de la tremenda soledad de mi corazón».
Todo este proceso no es automático ni de inmediato evidente la convergencia. Depende en gran medida del coraje con el que el sujeto ha llevado adelante los discernimientos particulares en el ámbito de cada sensibilidad.

- Hacia un futuro nuevo

El discernimiento no es solo un análisis crítico de lo que ha pasado, sino que es también y sobre todo una mirada hacia el futuro. En relación con la crisis afectiva de la que estamos hablando, el discernimiento no se resuelve o concluye con la simple decisión de quedarse o irse… Después de un episodio de enamoramiento uno ya no debería vivir la propia opción virginal como antes. Algo debe cambiar. Por eso la crisis es providencial, debe serlo, es un momento importante del propio camino de formación permanente. La alternativa no se plantea solo entre quedarse o irse, sino que a menudo podría plantearse entre el vivir un amor marchito y lleno de componendas o un amor apasionado y rico de misterio y abierto a lo nuevo.
La crisis hace comprender que no puedo vivir mi sexualidad como la vivía cuando opté por esta vocación, con las mismas motivaciones, con el mismo método, con la misma actitud interior, con la misma estrategia espiritual para superar los momentos difíciles. Eso funcionó un tiempo, hoy ya no es suficiente. Se hace necesario elegir cómo vivir hoy, con el conocimiento más realista que hoy tengo de mí mismo, pero también y sobre todo del Señor y de su fidelidad... En el fondo es él el que no me permite repetirme y reciclarme, puesto que me llama cada día de un modo nuevo y ¡para algo nuevo!
El discernimiento ha sido bien conducido cuando llega a captar esta novedad y a decidir responder a ella.

- Decidir como creyentes

En una situación tan humana, como la del presbítero implicado en una relación de amor intenso, asume todavía más significado y se hace más evidente la diferencia entre elección únicamente humana y elección cristiana, y ello junto con la tentación de quedarse en la primera.

DECISION HUMANA	DECISIÓN CRISTIANA
Segura	*Riesgo*
Al menor precio	*A un alto precio*
Precisa y clara	*Precisa, pero nunca del todo clara*
Reversible	*Definitiva y fiel*
Calculada	*Confiad*

- Resoluciones habituales:

✓ Los que en una situación de crisis afectiva llevan a cabo un serio discernimiento, normalmente con la ayuda de un guía, y deciden renovar y remotivar su opción de consagrarse a Dios en la virginidad por el Reino, en el sentido antes considerado y asimismo con una renuncia también nueva, quizá más costosa, pero sobre todo remotivada.

✓ Están los que salen después de un serio y sufrido discernimiento, y eligen otro estado y modo de ser, que sienten ante Dios como más verdadero y auténtico para ellos mismos, y que es confirmado como tal por los que les acompañan. En estos casos se trata de una decisión justa, favorecida por una crisis que ha señalado a la persona el error de evaluación que cometió tiempo atrás, en el momento de la primitiva elección vocacional, y que ahora las circunstancias de la vida han mostrado que no era verdadero o no expresaba la identidad de la persona.

✓ Están los que no salen y, sin embargo, deberían hacerlo. Es el caso de los que, viviendo una situación de grave transgresión, tienen miedo de admitir la verdad y su gravedad, o temen verse obligados a renunciar a un sistema de vida que a fin de cuentas les resulta confortable. Deciden permanecer en la componenda más o menos total. Sería más exacto decir que no hacen ninguna verdadera elección (probablemente no la han hecho nunca), prefieren continuar escondiéndose hábilmente detrás de la apariencia de una vida solo oficialmente correcta, aunque contradicha por una inautenticidad o falsedad de fondo, cuando no por el auténtico fenómeno, además de escandaloso, de la doble vida.

✓ Están lo que salen y no deberían hacerlo. Abandonan, pero sin motivaciones adecuadas o con justificaciones insuficientes. Por ejemplo, porque –dicen– ya carecen de la alegría que da la fuerza para hacer frente a ciertas renuncias, y, en cambio, tienen la convicción de poder ser más felices en otra parte; o porque ya no les atrae la vocación sacerdotal; o porque han descubierto que la formación que han recibido no es la adecuada... O bien, no solo han sido infieles a los compromisos asumidos, sino que consideran su caída como signo inequívoco de otra vocación. O están aun los que lo dejan (y tal vez no querrían) porque ceden a la presión de quien les empuja a hacerlo, y no son capaces de oponerse a la seducción, a veces particularmente obsesiva, de quien les ilusiona y confunde.

XXX Encuentro Nacional de Formadores 2021

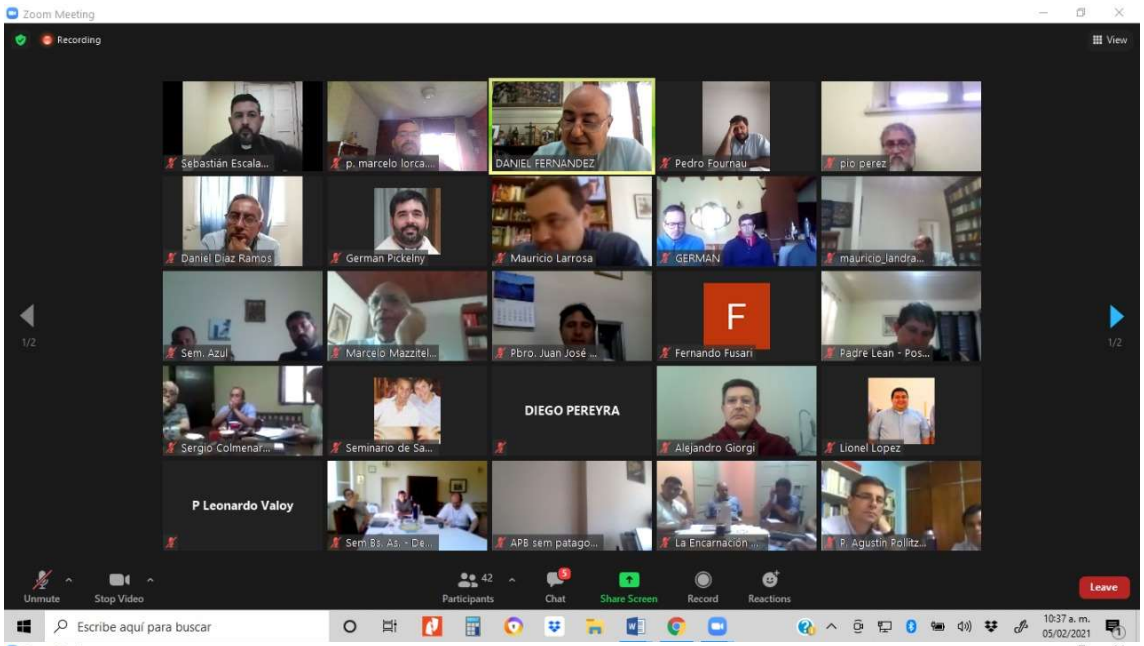
Modo virtual

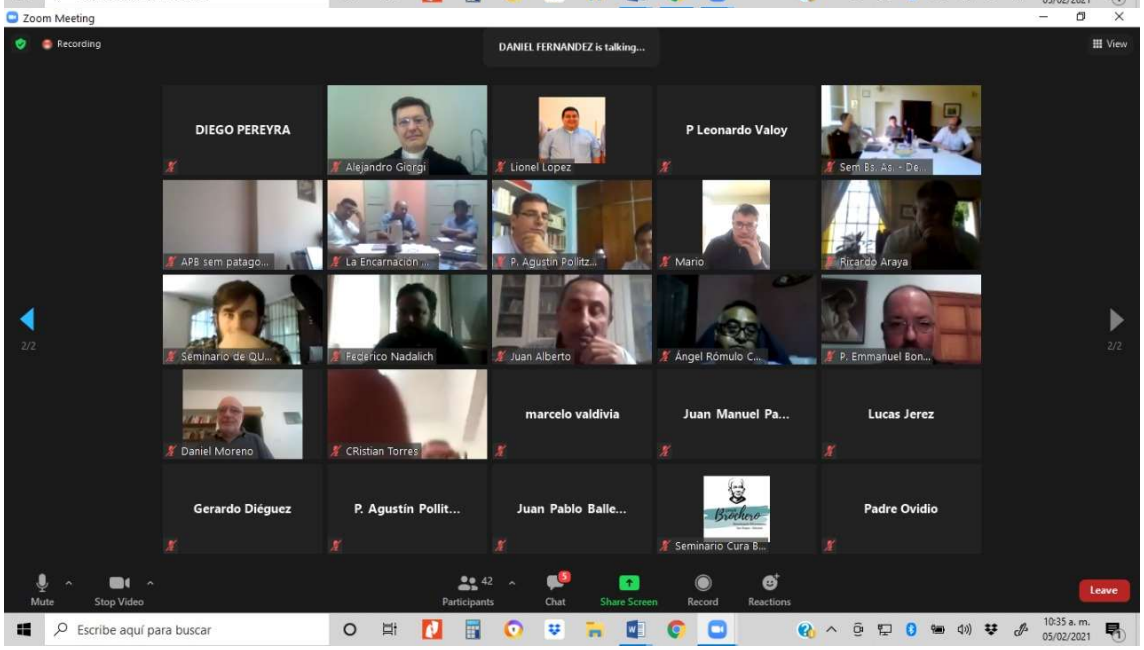
1 al 5 de febrero

«Revisión y Aportes a la Nueva Ratio Argentina»

Comisión redactora

Mons. Alejandro Giorgi, Mons. Marcelo Mazzitelli, Mons. Ricardo Araya, Pbro. Marcelo Lorca, Pbro. Mauricio Larrosa





La Comisión OSAR en comunión con la CEMIN, organizó el XXX Encuentro Nacional de Formadores de Seminarios desde el 1 al 5 de febrero de 2021.
Este Encuentro se caracterizó porque se realizó en contexto de pandemia. Sabiendo lo riesgoso de juntarnos de modo presencial no quisimos dejar de encontrarnos, aunque sea de manera virtual. Conscientes de las limitaciones que implica un encuentro así, por lo que intentamos hacerlo accesible y fraterno.
La temática propuesta para trabajar fue la "Revisión y Aportes a la Nueva Ratio Argentina". El Encuentro se realizó vía ZOOM. Estuvieron previstas tres entradas comunitarias donde se plantearon las consignas de trabajo en torno a los capítulos III y V del borrador de la "Ratio Argentina". Las entradas fueron los lunes, martes y viernes. El resto de la semana trabajamos por seminario. Los aportes se realizaron por escrito sin plenario.
Siguiendo el criterio de la CEA, no se efectuó la elección de las autoridades correspondientes al fin del trienio hasta tanto poder reunirnos de manera presencial.

Presentación del primer borrador de la Ratio Argentina

01-02-2021 por Mons. Alejandro Giorgi.

Consideraciones generales

El texto que ofrecemos para trabajar comenzó a gestarse a **mediados de 2018**, cuando se constituyó la Comisión Redactora (CD) con miembros de la CEMIN y la OSAR.
Como les expresamos en nuestra Carta del 29 de Julio pasado:

> «Tenemos conciencia de que se trata de un **texto ampliamente *perfectible e incompleto***. Precisamente se los confiamos para seguir construyéndolo juntos, de modo que pueda expresar la *comunión* en el camino formativo, la *rica pluriformidad* de las distintas Regiones y la *fecunda tradición formativa* de nuestros Seminarios».

Vale recordar también las *Consideraciones Generales* que les acercamos en esa Carta:

- *Es una Ratio de formación inicial desde una clara perspectiva: la formación permanente.*
- *Es un texto normativo-pedagógico, de líneas prácticas. No es un texto doctrinal.*
- *No pretende decir todo. Es la aplicación de la Ratio Fundamentalis.*
- *Está pensado como un texto dinámico, nunca acabado del todo y que depende de los tiempos que cambian continuamente.*
- *Será referencia necesaria para el Proyecto de Formación de cada Casa.*

El trabajo que les proponemos tiene como objetivo una de las premisas que la Congregación del Clero nos ha pedido para la elaboración del documento: **la apropiación de la Ratio mediante su construcción sinodal.**
En la presentación preliminar de este borrador que realizamos en el Encuentro Nacional 2019 (La Plata), les trasmitimos algunas *ideas iniciales* acerca de las características del texto:

- Que sea un «**manual»**, es decir, un texto de referencia al que puedan recurrir formadores y responsables de formación permanente
- Con una **formulación sintética** y un **amplio aparato crítico**
- Y un claro **enfoque pedagógico**

Sabemos que el texto resulta abundante, porque es un texto *para podar entre todos.*
Dicho esto, vayamos a algunos aspectos particulares y a los aportes que nos hicieron llegar en estos últimos meses.

Los autores y los destinatarios

El **uso de la 1ª persona plural** interpela al lector sobre esta cuestión preliminar que dejamos planteada. Hablamos de una *construcción sinodal* entre Pastores (Obispos y Sacerdotes Formadores), Consagrados/as y Laicos/as que intervienen, de distinto modo, en la formación presbiteral.
De todos modos, el **autor** de la *Ratio Nationalis* es el **Episcopado** argentino, a quien le compete la última responsabilidad en la formación presbiteral.
Los **destinatarios principales son los responsables de la Formación inicial:** equipos formativos de Seminarios diocesanos y las Casas de formación mencionadas en el n.1 de las

Normas Generales de la RFIS. El deseo de la Congregación del Clero es que sea también un instrumento útil para la Formación permanente y la Pastoral de las Vocaciones sacerdotales.

El título

«El camino de la formación presbiteral» (*Discípulos misioneros en el Sacerdocio ministerial*)

El *título* de nuestra Ratio es el mismo del capítulo III que trabajaremos en estos días y es reflejo de la nueva mirada sobre la formación inicial, como un *momento* de la formación permanente.
Optamos por un *subtítulo* que reflejara el camino común de la formación presbiteral en América Latina.

El esquema general (Indice)

El Indice ha sido retocado 4 o 5 veces. Partimos del esquema clásico que ofrecía la Ratio Argentina de 1994 y fue puesto a consideración en diversas instancias de la CEMIN y OSAR.
Se optó por reflejar la nueva mirada sobre la formación inicial, invirtiendo el orden de los capítulos: **Formación permanente - Formación inicial - Pastoral de las Vocaciones Sacerdotales**.
Aparecen aquí algunas cuestiones a seguir dilucidando:

a. Las dos acepciones del término «*formación permanente*»: se utilizan indistintamente una acepción amplia del término, como *camino de maduración* de la persona llamada al ministerio; y otra acepción estricta que hace alusión al *momento propiamente ministerial* del camino
b. Si la Pastoral Vocacional forma parte de un *camino de formación presbiteral* o es simplemente un *momento de discernimiento*.

Los capítulos en particular

I. El **capítulo I** [*La situación de la formación presbiteral en la Argentina*] es un texto inicialmente redactado en 2011 como parte de la actualización intentada entonces. Aunque trabajamos en su *puesta al día*, luego de la experiencia de la pandemia ha quedado muy desactualizado y requiere una nueva redacción. Se ha propuesto una *relectura teológica de la realidad socio-cultural y eclesial* argentina que interpele a la formación presbiteral y oriente sus opciones.
Entre los aportes recibidos para la nueva redacción figuran:
   - Las nuevas ideologías
   - Secularización – Nueva Evangelización
   - Fragmentación – Dimensión comunitaria
   - Cambio de época y de paradigmas
   - Los desafíos formativos que emergen en la pandemia

II. El **capítulo II** [*Los fundamentos de la formación presbiteral*] no pretende exponer la Teología del Orden Sagrado. Los aportes que recibimos a este capítulo son:
   - Delinear mejor la *espiritualidad del sacerdote diocesano*
   - Incluir la *realidad teológica del presbiterio*
   - Presentar el ministerio presbiteral *desde la Teología del Pueblo de Dios y del sacerdocio bautismal*
   - Integrar el *diálogo entre Primacía de la Gracia y sujeto de formación*
   - La referencia a Cristo *Cabeza* colocarla siempre en conjunto con la de Cristo *Siervo*, dejando de lado el término *alter Christus.*
   - Integrar la categoría de Cristo *Maestro*
   - Incorporar mejor la noción *Iglesia Misterio-Comunión-Misión*

III. El **capítulo III** [*El camino de la formación presbiteral*] es el que vamos a trabajar en primer lugar. Tiene tres cuestiones significativas:
   - Los tres momentos de la formación presbiteral
   - Las 4 notas y los 2 hilos conductores.
   - El acompañamiento individual y comunitario

IV. El **capítulo IV** [*La Formación permanente, perspectiva de la formación presbiteral*] resume las principales orientaciones, convicciones y experiencias acerca de la formación presbiteral *en el ministerio.* El objetivo principal del capítulo es *enmarcar la formación inicial*. No pretende ser una *Ratio* o *Directorio sintético de Formación Permanente*. Entre los aportes que recibimos al capítulo está:

- Destacar el concepto de *docibilitas*
- Desarrollar más las *dimensiones y etapas*
- Destacar el tema de la *amistad sacerdotal*
- Incluir el tema de la vinculación del presbítero a la *vida política y social*

V. El **capítulo V** [*La Formación inicial*] es el tema central, el que hemos elaborado más y el que trabajaremos juntos en estos días. Ha sufrido diversos cambios en su redacción, pero seguimos el orden clásico en 5 apartados: *Identidad-Etapas-Dimensiones-Agentes-Criterios y Normas.*
Seguimos aquí la nueva nomenclatura de las ***Etapas*** que nos propone la RFIS: EPRO-EDI-ECO-EPA. Incluimos un *Perfil de egreso* que pueda sintetizar los objetivos logrados en la etapa.
En cuanto a las ***Dimensiones***, hemos destacado *dos objetivos centrales* en cada una de ellas que puedan orientar mejor el itinerario de logros.
En cuanto a los ***Agentes*** seguimos el orden de la RFIS destacando el *sentido eclesial* de las intervenciones y la *formación permanente* de todos los agentes.
El apartado de los ***Criterios y Normas nacionales*** necesita mayor elaboración y reúne las cuestiones que deben ser definidas y normadas por la Asamblea Plenaria de Obispos cuando sea presentado el texto definitivo.

VI. El **capítulo VI** [*Pastoral de las Vocaciones Sacerdotales*] incluye, además de los conceptos clásicos de la PV, temas que tenemos que discernir juntos:

- *La escasez de vocaciones sacerdotales*
- *Los Seminarios menores*
- *Las vocaciones adultas*
- *Las vocaciones en la diversidad cultural*

VII. Los **Anexos** están en elaboración e incluyen:

- Los *Planes de estudio* que todas las Casas de formación, en las diversas modalidades existentes, puedan tener como referencia.
- Los *Informes Psicodiagnósticos*, tema que ha sido objeto de varios de nuestros Encuentros Nacionales. Deseamos volcar aquí la experiencia probada de muchas Casas de formación acerca de este recurso, la utilización de sus resultados, su conservación en archivo, etc.

XXXI Encuentro Nacional de Formadores 2022

Villa Cura Brochero - Córdoba

31 de enero al 04 de febrero

«Consideraciones sobre el impacto de la cultura actual en los rasgos del sujeto de la formación»

Dra. Ruth María Ramasco

Hno. Hugo Carlos Vera sdb

El impacto de la cultura sobre el sujeto en formación

Ruth María Ramasco[2]

Consideraciones iniciales

Comenzaré explicitando mi horizonte teórico sobre el tema, luego mis anhelos profundos sobre él y en tercer lugar los subtemas que creo que es necesario proponer. Lo haré sin reservas, sin nada que pretenda guardar. Así pienso, esos son mis anhelos, esto es lo que logro ver.

Los cambios culturales y la diversidad de culturas no son acontecimientos nuevos. Forman parte de nuestro carácter histórico y de la multiplicidad social de los hombres. Han dado lugar a profundos debates teóricos y han producido intensas conmociones. Debates sobre hegemonías culturales, impactos culturales o batallas culturales; decisiones políticas que han producido modificaciones en las estrategias de colonialismo; identificación de la noción de "cultura" con la introducción del relativismo en la vida de los hombres y un consiguiente rechazo; la negación de las diversidades culturales, en beneficio de la cultura de la sociedad política o económicamente dominante, la que se vuelve norma y medida de las demás. Los éxodos migratorios, producidos por la violencia o por la asfixia económica, han puesto de manifiesto que no se trata sólo de la recepción de individuos sino de seres humanos con pertenencias culturas, con sustratos de sentido, con tradiciones, mandatos, rebeliones, identidades colectivas, articuladas desde la historia y las decisiones sobre la vida, lo sagrado, la materia y muchos otros aspectos.

De manera que no podemos comprender una cultura como algunos rasgos y formas de ser, sino como una organización de sentidos que un conjunto humano posee y desde el cual vive y muere. Hemos aplicado también la noción de cultura para caracterizar subgrupos dentro de una sociedad, identificables desde un ensamble de supuestos, decisiones, acciones, hechos históricos, objetos de estimación. Hemos advertido, con dificultad, cuán esforzado es el descubrimiento de las diferencias culturales en la entramada maraña de marginaciones, violencias, exclusiones. ¿Por qué no hemos podido resolver todas estas dificultades apelando a lo que el hombre es, en sentido universal? ¿Por qué no basta tampoco lo que podemos captar de los hombres en su singularidad (historia de vida, dolores, talentos, límites)? Tal vez porque la interacción, la vida vivida junto a otros, recibida de otros, transmitida a otros, padecida y luchada junto a otros, construye conjuntos, colectivos, historias comunes, padecimientos comunes, resoluciones: culturas, diferentes entre sí. Un modo de ser hombre compartido por un conjunto.

Y lo pongo sobre la mesa porque también determinados momentos de la historia son atravesados por cambios a los que también podemos denominar "culturales". No podemos determinar nítidamente cuándo comenzaron. Los advertimos cuando ya se han extendido mucho y son imparables. Lo que nos era obvio, ya no lo es; los supuestos de sentido sobre los que se afirmaban vidas, decisiones y acciones, ya no funcionan como tales. Lo que para nosotros es incuestionable es, para otros, objeto de debate en el mejor de los casos; en otros casos, algo que se rechaza de plano. Los acontecimientos o formas de ver los hechos que grandes colectivos ya no toleran. Los argumentos que ya no logran persuadir a la mayoría. Los criterios que resultan relevantes y los que han tornado insignificantes.

A veces, no les atribuimos importancia y consideramos que es pasajero. En otras ocasiones, nos ponemos decididamente en contra. En otras, probamos varios caminos y no conseguimos efectos, ni siquiera con la mejor de las intenciones. No podemos

---

[2] Doctora en filosofía, autora de numerosas publicaciones, profesora de la Universidad Nacional de Tucumán y del Seminario Mayor de Tucumán, miembro del Equipo Jeremías (equipo interdisciplinar que asesora a la CEMIN sobre la salud integral de los ministros ordenados).

atribuirlo a personas e itinerarios singulares; se ha vuelto modo de pensar y de sentir de muchos. Produce otras formas de sostener la realidad, y otras organizaciones de sentidos. Influye en la toma de decisiones y en el comportamiento moral. Pero no nos basta asumirlo con categorías morales, aunque por supuesto las implique: se trata de otro horizonte de constitución de la vida, asumido por grandes franjas de la población.

Algo ha cambiado. La OSAR nos ha propuesto pensar sobre eso. La experiencia de formar a un seminarista lleva hoy la marca de muchos cambios culturales. Podemos tener muchas ideas, opiniones, enojos, rechazos, alegrías. Pero, sobre algunos puntos, estamos desconcertados. Buscamos incorporar perspectivas psicológicas, sociológicas, y es muy bueno hacerlo. Nos ponemos más exigentes o menos exigentes moralmente, pero no basta.

Ahora bien, experimentar desconciertos hondos en nuestro sentido de lo humano, sentir que no podemos caminar por nuestros antiguos caminos de comunicación, ni con los seminaristas, ni con el mundo en general, no es nuevo. Creer en el Misterio de la Humanidad de Jesús, el Cristo, ha hecho que la Iglesia vuelva a leer una y otra vez, con asombro renovado, con miedo y esperanza, con dolores profundos y ternura, las vicisitudes de la humanidad. Porque el Evangelio que anunciamos es la novedad que busca generar lo nuevo e inaudito, en ofrecimiento a todos los hombres, todos los pueblos, todas las culturas, todos los momentos de la historia. Su comunicación y su rechazo, los desconciertos en la comunicación, tocan las entrañas mismas de nuestra identidad. Lo que nos pasa, duro y difícil, es, sin embargo, también hermoso: nos inscribe de nuevo en el misterio en el que creemos, nos hace buscar de nuevo hasta escuchar con otros oídos al Dios al que creemos.

Ese es mi punto de partida: el Misterio que anunciamos es lo más nuevo que existe en el mundo y en la historia. Frente a Él, comparado con Él, todo es vejez. Por lo tanto, preguntarnos por el impacto cultural sobre los sujetos en formación no equivale a una búsqueda de *aggiornamiento*, ni de laxitud moral; no se satisface con un análisis de crítica cultural, o de evaluación de los factores políticos, sociales, económicos, comunicacionales. Equivale a volver a mirar, deslumbrados, el insondable Misterio de la Creación, Redención y Santificación. Equivale a recrear, con mirada de niños, nuestra fe en el Misterio de la Encarnación y dejar que él alumbre toda la caridad que este momento requiere, toda la esperanza que nos es necesario volver a encontrar. No nos preguntamos cómo anunciar la Buena Nueva del llamado al ministerio sacerdotal sobre una vida para que encaje en la Iglesia: lo anunciamos para que evangelice a los suyos, con su vida entregada a Dios, sea o no sacerdote. No lo hacemos para que los seminaristas permanezcan en los seminarios o se ordenen o no abandonen el sacerdocio. Lo hacemos para que la Iglesia no abandone a los hombres. Pero, más hondamente, lo hacemos para volver a encontrar, volver a enamorarnos del amor de Dios a los hombres y comunicar a los hombres ese amor. Esto nos ocurre desde el comienzo de nuestra vida de Iglesia e imaginar un momento en el que nada exigirá discernir es impensable. Desde esa certeza, que para mí constituye una inmensa paz, presentaré algunos aspectos de nuestra vida común, que impactan en la formación y, sobre todo, en las generaciones jóvenes. No para anatematizarlas: para tratar de entender qué viven, qué les atrae, qué apertura al Misterio hay en su nueva situación, qué posibilidad de rechazo o de extrañeza o de clausura al Dios Vivo. Esa es mi preocupación personal más fuerte y estos son mis anhelos: que mis miedos no sean una carga, que tenga el coraje de romper todas las paredes que sea necesario romper, que tenga el valor de no querer acomodarme a ninguna novedad que sea más vieja que la novedad del Evangelio; que tenga la osadía justa para animarme a cambiar lo que sea necesario y la tozudez insobornable que se requiere para no cambiar lo que no debe ser cambiado. Que no pretenda hacerlo a solas, sino comunitariamente. Y, sobre todo, que sea capaz de asumir los riesgos que me toque asumir. Que no tema hipotecar lo que me queda de vida para que ellos, los que vienen después, los que en este momento disciernen su camino, habiten en la Iglesia como en su casa y evangelicen el mundo

entero. Lo que voy a enunciar ahora es lo que veo. Pero lo que acabo de enunciar es mi anhelo más profundo.

¿Qué veo? Los temas que voy a proponer son:

(1) La cultura de la imagen, (2) Nuevos mandatos y la ética de la diversidad y la libertad, (3) Subjetividades nómades, (4) El sacerdocio: identidad cuestionada.

1. La cultura de la imagen

Nadie puede dudar de la multiplicidad de imágenes visuales que circulan en este momento. Nuestros ojos, y los de las generaciones jóvenes, reciben hoy un número de imágenes altamente superior al que recibiría cualquier sujeto en otro momento de la historia. No sólo se ha multiplicado exponencialmente su número, sino que se ha incrementado de forma increíble la velocidad con la que pasan frente a los ojos de quienes las ven. Basta ver los dedos de las generaciones jóvenes y de los niños en los celulares. Destaco esto: no sólo son más, pasan aceleradamente por los ojos. Miramos un montón de imágenes y las miramos aceleradamente.

No se trata sólo de imágenes estáticas, sino de imágenes en movimiento. Piensen en el impacto inicial del surgimiento del cine y los espectadores que salían asustados de la proyección de los hermanos Lumiére, acerca de un tren en movimiento. El movimiento siempre ha asombrado y desconcertado, no sabemos qué sigue, se mueven los límites, se generan itinerarios. Piensen en el paso de la foto al cine; piensen en el gran atractivo de la animación y su salida del mundo infantil hacia el mundo de la juventud y la adultez. Piensen en la ductilidad de las formas y sus nuevas posibilidades, piensen en las construcciones de la sexualidad en las versiones animadas. La cultura contemporánea de la imagen es un circuito de alta velocidad. Genera, no sólo un mundo ampliado, sino dúctil, veloz y disponible. Podemos, por supuesto, objetar que grandes franjas de la población mundial no tienen acceso a él. Podemos también decir que la exigencia de mediación tecnológica para participar en él implica gastos y recursos económicos. Podemos agregar que, como se ha mostrado de forma patente en los ámbitos educativos, la infraestructura comunicacional, que no depende de los particulares, forma una geografía de la comunicación, que posee otros diseños, otros desiertos, otros logros inalcanzables que se suman a las desigualdades existentes. Podemos decir muchas cosas. Pero existe e impacta sobre la experiencia de la humanidad en su totalidad. Y si atisbamos el mundo de los niños, sabemos que no están viendo un video o jugando a un juego en línea: están recorriendo las calles de su mundo.

Por otra parte, también lo vemos como un mundo que se suma o se agrega al mundo que conocemos, que nos libera de dificultades, que soluciona problemas, que nos conecta y nos da acceso a mil cosas. Y eso es verdad. Pero su crecimiento es impredecible y eso también es verdad. No lo digo con temor: lo digo como reconocimiento de aquello sobre lo que no tenemos prospectivas acabadas. Sin embargo, algo nos es cierto: han cambiado el mundo en el que vivimos.

Un segundo elemento a destacar en esta cultura de la imagen es que es también un mundo de producción activa de imágenes. Por primaria que sea la narrativa visual empleada, los videos, las animaciones, los dibujos, las fotos, recorren las redes sociales. Ingresan como parte del acontecimiento vivido, ya no como memoria para quienes estuvieron allí, sino como mutación imperceptible de la vida en su imagen. Es algo más que compartir un video o una foto: a los acontecimientos no les basta su visibilidad frente a aquellos respecto de los cuales se está produciendo. Lo buscado es otra visibilidad: la visibilidad familiar, o la de la amistad, o la visibilidad social sin más. Saquemos esto del ámbito de la psicología individual o de los motivos de cada uno: la visibilidad mediática se ha tornado otra forma de inserción en la realidad. Sabíamos ya, desde hace mucho, que los seres humanos nos mostramos (nos volvemos imagen) de diversos modos y que la presencia física o en palabras, es ya un modo de producción de nuestra imagen. Pero ahora lo hacemos por medios que tienen más alcance y naturalizamos la edición de nosotros mismos. Dejo fuera de consideración los asesores de imagen de las personas públicas y el control de riesgo de las publicaciones. Me detengo en lo que se

realiza en las vidas de la mayoría. La visibilidad pública, en radios de diverso alcance, ha ingresado en la vida de muchas personas. Pero sin el peso de la exigencia de lo público, como si no se tratara de riesgo, de responsabilidad y conflictos. Una perspectiva de lo público a la que se ha quitado toda exigencia ética, o toda construcción de lo común. Porque lo público no es sólo prolongación de lo privado o mostración, sino construcción. Es una mirada sobre lo público que persigue la visibilidad de lo privado y su aprobación. No encuentro nada malo en compartir la vida: me preocupa más el vaciamiento de lo público.

En tercer lugar, la cultura de la imagen busca suscitar admiración, seguidores y aprobación. Introduce marcas de aprobación mediática, modelos de presencia social de acuerdo a la visibilidad e impacto numerable de la existencia. ¿Cuántos suscriptores? ¿Cuántos "me gusta"? ¿Cuántos seguidores? Cuando gran parte de la interacción se ha vuelto fenómeno comunicacional por las redes, la presencia comunitaria se mide desde allí. No estoy estableciendo un juicio moral: sólo señalo que la exposición y aprobación de la propia vida y sus imágenes forma parte de la dinámica constitutiva de lo social. Pero no se puede obrar a favor de los hombres sin exponerse a la desaprobación y el rechazo. No pueden ser estas reacciones quienes indiquen el valor de la acción. Nadie puede tener presencia pública y acción sin exponerse al conflicto y ser capaz de enfrentarlo desde muchos lugares de su propio ser. La soledad forma parte de la altura y profundidad de las decisiones difíciles. ¿Nadie nos sigue? Así es. ¿Tenemos que hacerlo, incluso así? No lo hacemos para que nos sigan. No objetamos los éxitos mediáticos, ni la presencia de *influencers*: lo hacemos porque se proponen como fines en sí mismos. Lo buscado es ser aprobado o influir. De todos los posibles alcances de la comunicación, ésta parece girar sobre sí misma y reducir su sentido al de poner en contacto dos polos. Cuanto mayor sea el rango numérico de la incidencia de uno sobre otro, más valor posee (incluso sin tomar en cuenta el valor económico). La producción de imagen de uno ha obtenido su fin.

En cuarto lugar, las narrativas visuales, por otra parte, prefieren las plataformas con tiempos fugaces y con caducidad. No imágenes que perduren, porque es necesario que sean desplazadas por otras, más nuevas, últimas durante una escasa porción de tiempo. En términos vitales, la vida no resulta sólo movimiento sino una sucesión fugaz. Pero ya no se trata de la fugacidad del ritmo vital: es la fugacidad desde el paradigma de la noticia, potenciado por otras posibilidades tecnológicas y la multitud de productores de imágenes. Las cosas, las imágenes, se vuelven viejas en fracciones de tiempo cada vez más pequeñas. Los recursos que antes teníamos para retener el momento, para retener un rostro, un hecho (las fotos, por ejemplo), se han tornado ahora hojas que vuelan raudas por las redes. La multiplicidad de imágenes no parece buscar que un momento perdure, sino que se vuelva un acontecimiento visual.

En quinto lugar, la transmisión "en tiempo real", la imagen "en tiempo real" parece poseer el añadido de la participación en el acontecimiento, antes casi imposible. La crítica de la posmodernidad a la noción misma de "modernidad" se desplaza por otros carriles: ya no se trata sólo de objetar una línea de tiempo hacia adelante y señalar que lo moderno puede ser lo viejo, como la noción de "lo retro". La experiencia contemporánea de comunicación está acelerando la fugacidad. No es casual tampoco que las "filosofías del acontecimiento" en su fugaz presencialidad, alcancen otro sentido. El modelo de realidad, diría yo, es el acontecimiento, en su casi aquí y ahora. Y todo se orienta a participar en él.

Cabe entonces preguntar muchas cosas: sólo voy a plantear algunas preguntas. No me preocupa que las personas deseen inscribir su vida, las vidas cotidianas y corrientes, en los circuitos de la visibilidad. Tampoco que tengan lugar las palabras o las imágenes de las personas a las que ninguna crítica ha consagrado. He aprendido mucho sobre la variedad de anhelos de los hombres al verlos en las redes. He sentido sus legítimos anhelos de ser también vistos, también presentes, también transformarse en imagen. También que su vida se diga fuera de lo privado. No me parece un anhelo ilegítimo la visibilidad. De algún modo, dice que los seres humanos no quieren esa dura

línea de separación entre las personas importantes, a las que se mira, y las personas insignificantes, a las que nadie ve y cuya única posibiidad es mirar a los demás. Y eso me conmueve, más allá de que se inscriban en lo visible o lo audible con palabras sin valor literario o con imágenes sencillas. Todos tenemos derecho al valor de reconocimiento de nuestra vida, en las cosas pequeñas de cada día.

Tampoco me inquieta que produzcamos imágenes de nosotros mismos, aun cuando acusemos recibo de toda la posibilidad de ficción y de estafas y delitos. Lo hemos hecho de diversos modos y por diversos medios a lo largo de la historia. Representa nuestra capacidad de producción simbólica, esa increíble situación del hombre que hace que no sea sólo cuerpo y facticidad, sino imaginación, construcción de sí mismo, fuerza para romper con las condiciones más duras de sus límites vitales. Esto atraviesa el riesgo de la mentira, el riesgo del extravío en la fantasía, la posibilidad de evasión, pero también significa la posibilidad de romper muchos barrotes o soportar situaciones insoportables (como cuando se producía la crítica a la televisión y se le decía "caja boba" y pensábamos en las horas eternas de los enfermos y los solitarios, consoladas o por lo menos distraídas de su dolor o su soledad). No podemos decirles a los hombres que son sólo carne y sangre: también son sueños, anhelos, deseos, aunque a veces parezcan ser sólo disfraces. Otro rostro, otro yo en imágenes. La cultura de la imagen posibilita algo de esto.

Sin embargo, nos preguntamos por los puntos ciegos que mil veces parece tener esta experiencia y esta cultura de la imagen.

¿Cuál es el punto de satisfacción de la visibilidad? Si sólo puede darse en aprobaciones e incremento numérico de las vistas, deja de existir ese puro compartir la vida y volverla disponible en sus alegrías y tristezas para otros. Se transforma en retorno continuo sobre nosotros mismos, retorno que nos aleja de los demás, retorno que nos expone a la autosatisfacción y a la dependencia.

¿Basta esa recreación de nosotros mismos en imágenes? Las transformaciones vitales requieren más tiempo, más fuerza para enfrentar los límites duros, más coraje, porque no sólo están nuestros anhelos, ni siquiera los mejores, sino los de los demás, sus resistencias, sus acciones en su entramada complejidad. No podemos expulsar de nuestra experiencia el ritmo lento de los cambios, ni la interacción con los demás. ¿Podremos cambiar sin una obstinada tenacidad, sin una larga paciencia? ¿Podremos seguir obrando cuando llegue el momento del miedo y necesitemos la decisión del coraje? ¿Tendremos el valor del cuerpo a cuerpo?

Los jóvenes anhelan participación y acontecimientos y su anhelo es legítimo. Quieren ser vistos y escuchados y su anhelo es legítimo. ¿Adónde quieren encontrar satisfacción? Si quieren satisfacción en los hechos concretos, tienen que lidiar con la dureza de las condiciones concretas, con la irreductibilidad de las otras decisiones, las otras voluntades. Tendrán que lidiar con los fracasos. Es verdad que las generaciones adultas no tienen que silenciar sus voces. Pero es verdad también que no pueden pretender que el único cometido de otras vidas sea abrirles el paso, darles oportunidades y retirarse del escenario vital. Participar es también querer construir un mundo con otros.

La cuasi inmediatez del registro de la imagen parece asumir el lugar de un criterio de verdad ("es lo que está ocurriendo ahora"). De repente, la posibilidad de acceso a los móviles o computadoras, a mails o mensajes de texto parecen dar la impresión de que encontraremos versiones irrefutables de las otras vidas. Podremos descubrir los secretos, porque de todo quedará registro por algún medio. No me preocupa tanto lo que esto dispara en términos de avasallamiento de la identidad o medidas de espionaje y seguridad nacional, de traiciones, ocultamientos y dobles, triples o cuádruples perfiles. La traición, la mentira y la obsesión siempre han existido. Me preocupa más que una generación deje de experimentar que hay cosas a las que sólo se tiene acceso en la confianza, que hay verdades a las que sólo accedemos cuando nos hemos decidido a elegirlas, que ningún medio tecnológico puede darnos ingreso al centro de la decisión de otro ser humano. No es posible el amor si espero la verdad de los demás por el

registro de las imágenes. A veces, la única llave de la verdad del otro son el riesgo, la decisión de amor, la fe, la inquebrantable esperanza.

Sin embargo, al asomarnos a los anhelos y experiencias de la gente joven, nos recorre una conmoción profunda: anhelan comunicarse. Están depositando su vida en la comunicación y eso nos interpela. Nos hace tocar las entrañas de nuestra soledad, esa que mil veces hemos conducido hacia la entrega sin llegar a decirnos cuánto necesitábamos ser escuchados, cuánto necesitábamos ser vistos. Algunas de nuestras generaciones han conocido la violencia desatada, la rebelión hasta las armas, la muerte. Una palabra que no supo encontrar otro camino más que el grito. La juventud se transformó en muerte y silencio. Sabemos que encontrar caminos de palabra y visibilidad importa mucho. Sabemos que volver palabra y música y expresión la juventud importa. Conocemos, en la dura memoria de muchos de nuestros hermanos sacerdotes, cuántos silencios e invisibilidades transformaron su consagración en esterilidad y tristeza, a veces hasta llevarlos a la desesperación más profunda. Amores y entregas, heridos de soledad e incomunicación. No podemos olvidar eso cuando miramos la cultura de la imagen y las vidas jóvenes en ellas. Tenemos que animarnos a tocar, con las dos manos, aunque duela y arda, todos los padecimientos de nuestra soledad. Podremos amarlos mejor, entenderlos más, si nos animamos a hacerlo. A nosotros también nos ha dolido, también nos sigue doliendo la soledad.

En la fugacidad de sus imágenes, recibimos otra interpelación. También nosotros debemos dejar que pasen mil cosas que sólo son para durar un tiempo y nada más y que sean sustituidas por otras. La fugacidad, mirada desde otro ángulo, es un gran aprendizaje sobre la transitoriedad de nuestra vida. ¿Cómo podremos decir que anhelamos eternidad, si transformamos en eternas las cosas que no lo son? ¿Cómo podremos decir que la eternidad no es una sucesión infinita, sino el presente pleno, si no estamos dispuestos a reconocer que son asintóticas nuestras imágenes, que es experiencia de camino nuestra vida eclesial? Podremos criticar a los seminaristas jóvenes mil cosas, pero pertenecen a una generación que no teme que la vida cambie, que la Iglesia cambie, que el mundo cambie. Podemos animarlos a discernir qué debe cambiar y qué no; podemos luchar para que no se enamoren del cambio por el cambio mismo, o por un mero anhelo de novedad. Pero, si en estos momentos de cambios tan profundos, advertimos que sólo estamos recibiendo jóvenes que se ocultan en nuestro mundo eclesial porque no quieren que el mundo cambie, debemos animarlos a pertenecer a la generación que le toca vivir este cambio y encontrar en él al Dios vivo y no dejarlo que convierta a la Iglesia en guarida del miedo. El Dios que nuestra fe conoce no rechaza nuestros miedos, no nos hace sentir vergüenza de nuestra fragilidad. Pero nos pide que lo amemos y confiemos en Él.

Tenemos muchas preguntas para hacernos sobre una cultura de la imagen. Tenemos mucho para discernir en ella, mucho para entender en ella sobre nuestro mundo y sus nuevos protagonistas. Mucho para pensar, sin duda. Pero éste es nuestro hoy: es nuestra participación en la eternidad. No se participa en la eternidad con nostalgias de pasado. Uno abre el corazón y recibe el desafío del Amor que nos es entregado hoy. Ese es el que nos busca. Es el amor que constituye nuestro hoy.

2. Nuevos mandatos y la ética de la diversidad y la libertad.

Es verdad que existen hoy nuevos itinerarios, con un sentido distinto de itinerarios. La labilidad e incertidumbre de los mismos ha sido puesta de manifiesto de muy diversas maneras. Es verdad también que podemos acercarnos a esos itinerarios con un profundo amor que busque comprender. Sin embargo, permítanme introducir la dimensión ética de la vida y de los cambios culturales. Es muy difícil advertir qué es lo bueno y qué es lo malo dentro de un cambio que nos atravesando. Pero algo tiene que sernos cierto: nos es cierto que la vida humana tiene exigencias morales. Sabemos que es fácil deslizarse al rigorismo o al laxismo; sabemos que muchas cosas que eran consideradas como malas o buenas han sido quitadas de su pedestal o de su cadalso. Y, sin embargo, determinar lo bueno o lo malo de una situación sigue siendo una de las

más duras exigencias morales. Nuestros errores, los errores y hasta crímenes cometidos en nombre de la moral, puede hacer que dejemos códigos de una dureza inaudita. La introducción de consideraciones psicológicas y sociológicas puede mostrar la complejidad de donde procede el daño que los hombres se hacen los unos a los otros. Pero nada puede hacer que una época abandone la exigencia de búsqueda del bien y de su realización, de búsqueda de determinación del mal y su rechazo. Podemos sentirnos perplejos sobre el bien y el mal. Sin embargo, justamente ahí debemos abrir una ética de la búsqueda.

Habitualmente, no se trata de que simplemente dejan de obrar patrones morales. Se producen otros. No se tratan de bajadas de línea ideológicas, que tratan de instaurar una determinada forma de obrar o ver las cosas, funcionales y/o estratégicos respecto de determinadas propuestas sociales o políticas. Son exigencias sobre la vida y las acciones de hombres y mujeres, que van produciéndose por canales informales, hasta formularse o hasta encontrar objetivaciones y legalidades. Mandatos que piden obediencia, mandatos que castigan con la objeción, la burla, el rechazo, el silencio, la expulsión. Mandatos que ejercen la misma dureza que los mandatos de los que la sociedad se ha desprendido. Este momento histórico es un momento de búsquedas: también lo es de mandatos. Hay mandatos sobre el amor y su duración; mandatos sobre la entrega; mandatos sobre la búsqueda del placer; mandatos sobre el carácter de enfermedad psíquica del sacrificio y la oblación de la vida; mandatos sobre la sexualidad. Oponerse al cumplimiento de esos mandatos es convertirse en objeto de burla y de desprecio. Son tan opresores como la opresión que denuncian. Son tan cerrados al debate como lo son las hegemonías más duras. Resignifican la historia. Invisibilizan lo bueno o se lo atribuyen. Se apropian o quieren apropiarse de todas las iniciativas. No buscan el debate teórico: quieren la sentencia y la condena. Desobedezcan y verán su rostro cruel.

Los mandatos no han desaparecido de la historia de los hombres. Se ejercen silenciosamente, porque así poseen mayor eficacia. Yo no acuñé la expresión: me la propuso una joven dirigente política universitaria, harta de sentir que su mundo joven quería que no creyera en el amor.

Me he preguntado cuál es el principio que sostiene estas propuestas y con el cual atraen. En una primera mirada, uno diría que el principio es la libertad. Es lo más preciado. Es la muralla que se opone a otras consideraciones morales: nadie tiene derecho a oponerse a tus deseos, nadie tiene derecho a oponerse a lo que quieres hacer, nadie tiene derecho a oponerse a lo que amas, nadie tiene derecho a poner ninguna palabra a lo que haces, nadie tiene derecho a oponerse a tus excesos, nadie tiene derecho a limitar tu vida y tu gozo, nadie tiene derecho a decirte qué debes hacer. Todo tiene que serte propuesto. Si no quieres, eso no puede realizarse. Ninguna acción se equivoca: sólo es distinta. La diversidad, en un movimiento imparable de fragmentación y nomenclatura, es la consecuencia de este principio de autodeterminación. Pero tiene un límite irresoluble: está atravesado por una dinámica de multiplicación que parece infinita. La heteronormatividad no es reemplazada por una normatividad acotada, sino por una normatividad imposible, pues no cabe encontrar una diversidad que sólo tenga conjuntos de un individuo cada uno. Podemos acompañar el movimiento de crítica histórica que rechaza los imperialismos y busca dar lugar a la diversidad. Nos parece necesario. Pero no podemos acompañar la secuencia de multiplicación constante de diferencias, al modo de Funes, al que no le basta la palabra “perro” para nombrar al de las tres de la tarde y al de otra hora. Esta extensión de los límites del lenguaje es una parodia de la existencia de diferencias, pues no puede pararlas.

Esto me ha hecho examinar mi pensamiento inicial sobre la libertad como principio. Porque la libertad, que no implica sólo capacidad de autodeterminación, sino capacidad de producción de obras, tiene límites. ¿Qué puede ser tan móvil, tan capaz de saltos, tan insaciable, tan capaz de insatisfacción? Sólo he encontrado una respuesta: el deseo. Eso es lo que puede el deseo. Observen la importancia que tiene

el deseo en los argumentos pro aborto. O en el abandono de un itinerario: Ya no es lo que quiero. O en las búsquedas sin término: No encuentro lo que deseo. No hay punto de satisfacción en el deseo.

Permítanme que mire a los jóvenes, a los seminaristas, a los mandatos que los atraviesan, desde el ejercicio de la sinodalidad. Permítanme que aporte mi mirada en la compañía a los jóvenes desde el duro ejercicio de la maternidad. Soy profesora y sé lo que es la compañía de un animador o de un docente, pero sé que la maternidad sabe algunas cosas extremadamente duras. No las sabía como profesora: las aprendí como madre. Una madre no puede darse el lujo de comprender siempre. No cuando está en juego la vida o la muerte. No cuando está en juego la posibilidad de vida delictiva. No cuando está en juego la destrucción moral. No cuando está en juego el daño a un nieto. Es el acto más difícil del amor: oponernos a sus deseos y sus decisiones, arriesgarnos a no verlos más, a que no quieran saber más nada de nosotras. Somos la persona que más los ama: nuestro amor nos obliga a arriesgar su amor. Podemos haber arriesgado nuestras vidas, nuestros bienes, nuestra tranquilidad. Pero es más duro, infinitamente más, arriesgarnos a que rechacen nuestra vida y nuestro amor. Y a veces no tenemos ningún otro recurso. Ponemos todo nuestro amor y lo jugamos entero: es lo que tenemos para luchar por su vida.

Ese modelo del amor también tiene que estar presente en las perspectivas sobre los jóvenes. Esas experiencias donde el amor se vuelve distancia. Este momento de la historia tiene sus mandatos. Pero nosotros, los padres y madres, seguimos escuchando el mandato del amor, con todos sus riesgos, todos sus dolores. Y ahí reclamo a la Iglesia, reclamo a los formadores, que no crean que su amor y su comprensión es mayor que las de los padres y madres que amamos. Reclamo que aprendan de nuestro amor. No en campamentos y charlas: en el hospital, en la cárcel, en la pérdida de nuestros bienes, en el desprecio padecido. Si no se animarán a eso, quizás no pueden formarlos. Yo creo en comprender a los jóvenes. Creo en apoyarlos y hacer mil cosas junto a ellos, a favor de ellos. Pero guardo dentro de mi alma mi fiero y duro amor, para cuando me toque sacarlo. Y estoy segura que si crezco en lo que entiendo de ellos y no crezco en el aprendizaje de ese duro amor, aún no merezco tenerlos en mi vida.

¿Están perdidos los jóvenes? Quizás sea hora de que mi amor se decida al amor, quizás lo que deba entregarles es mi difícil, duro e inagotable amor. Quizás aún me falta animarme a ese amor.

3. Subjetividades nómades

¿Es el deseo equivalente a la capacidad de producir un “quiero”? No lo es y si existe alguien que no debe confundirse con ello, somos los que tenemos la responsabilidad de otras vidas, como padres, como formadores, como profesores, como adultos sin más. Las épocas de cambios profundos y gestación de otros mundos de sentido multiplican los objetos de deseo y acicatean el deseo. Por una parte, porque moviliza los mundos humanos y ya nada tiene la estabilidad que antes tenía. Como si fueran posibles muchas cosas. Como si se desataran y volvieran móviles lo que antes se encontraba fijo y quieto. De repente, parece como si pudiéramos ser de mil modos que antes nos eran inimaginables. No hay caminos establecidos para nuestras orientaciones sexuales. No hay caminos para nuestro lugar en la vida social. Los mandatos antiguos han caído. Por otra parte, el mundo de la comunicación ha vuelto disponibles miles de objetos distintos y nos da la posibilidad de vínculos que antes eran impensables. Las culturas diferentes, con sus diversas costumbres, sus diversas experiencias de mundo, abren otras puertas a las identidades humanas posibles y las ponen en contacto. Las formas diversas de humanización que éstas han producido muestran sus rasgos.

Las épocas de cambios profundos son épocas de exploración de deseos. El deseo se dirige hacia un objeto u otro: no camina metódicamente, no podemos seguir sus pasos. El deseo salta, gira, vuela. Cambia de objeto, de persona, anhela abrirse a todos

los mundos que encuentra. La fuerza del deseo sin cauces fijos multiplica las posibilidades.

Las subjetividades se vuelven nómades. No pueden quedarse fijas. Se reconfiguran continuamente en tensión hacia lo diverso. El deseo, como tensión dinámica, produce inestables nuevas organizaciones de nuestra vida, pero, por breves que sean, son reconfiguraciones. Las expresamos como un "quiero", pero es más cercano a un "querría". Muchos de los desconciertos de la gente joven sobre opciones de vida tienen en esta situación su origen. La multiplicación y hasta el frenesí con el que transitan por experiencias diferentes, la liviandad con la que abren sus puertas al consumo de cualquier sustancia, las "transas" de una noche, la denominación de "historias" a lo que antes se denominaba relación o vínculo, tiene mucho que ver con el nomadismo del deseo. Dicen la verdad cuando dicen que no saben qué hacer ni qué elegir. No nos mienten cuando nos dicen que quieren esto hoy y lo opuesto mañana. Lo que podríamos describir como inconsistencia o contradicción tiene su sentido en la dinámica de reconfiguración que viven. El deseo tiene esa fuerza y ese poder. Todo parece quedar suspendido o dado vuelta o puesto mil veces al derecho o al revés o adquirir mil formas distintas. Tiene tal intensidad que nos parece que no podríamos dirigirnos a nada más que lo que nos está pidiendo. Pero tiene también tal volatilidad que basta que cambie de dirección para que lo que antes nos atraía después no nos diga nada.

Pensemos en los seminaristas. Ellos también son así. Por eso hay tantos momentos en que nos hartan. Las fluctuaciones de su deseo influyen también (sin ser su causa) en el pedido de atención constante a cada uno de los cambios que experimenta. La sinceridad de sus intenciones (que mil veces nos confunde, precisamente por ser tal), no impide que cambien al segundo siguiente, también sinceramente. ¡Y más vale que aprendamos a reírnos, en medio del cansancio y las ganas de matarlos! Algunos quedan suspendidos en el deseo de entrega, o en el deseo de sacerdocio, que, sin embargo, no puede salir de la situación de deseo y no puede volverse elección. No pueden decir "quiero". La situación de apertura de la Iglesia hacia nuevas configuraciones, el hecho de que intente cambiar hacia modelos diferentes o no rígidos, transforma también la Iglesia en un reservorio de posibilidades y es ocasión de nuevos deseos. La Iglesia es también un mundo abierto y en tránsito. Forma parte de los mil caminos abiertos del mundo.

Las subjetividades son experiencia de nomadismo por el deseo. Y, en este momento, de alguna manera, esa experiencia es la de la mayoría. Se ha vuelto experiencia cultural. Por ende, está legitimada y, a la vez, está objetada y deslegitimada la experiencia de la decisión y el arraigo. Decir "quiero", elegir, decidir, es estabilizar las oscilaciones infinitas del deseo desde uno mismo. Los jóvenes a veces esperan que eso venga de la fuerza de la atracción. Eso incide y la posibilidad del amor es una fuerza potente de atracción. Pero también al amor sentido, al deseo de amor, hay que decir "quiero". Y el mundo lleno de posibilidades seguirá presente. Y los desconciertos seguirán. A la fuerza de atracción del deseo sólo puede reconfigurarla una decisión de amor.

¿Cómo hacer? Las generaciones adultas hemos tenido un discurso tan lastimoso sobre nuestra vida y sus dificultades que hemos contribuido a la atracción por los mil caminos y el rechazo a uno solo. Yo sólo he encontrado un camino: que mi experiencia de amor, que mi experiencia de vida, la mía, la que es personal, sea la más hermosa y feliz que me sea posible; que el amor se me note, que la felicidad del amor vivido sea mi rostro; que los dolores existan sin ser negados, pero que no transforme mi vida en una exaltación del sufrimiento padecido. Que quiera ser protagonista de mi clara y exultante alegría y no una heroína de mil tristezas. De algún modo, sólo nuestras vidas serenas y cumplidas pueden obrar como contención de sus mil sendas abiertas o por abrir. Para eso, en parte tenemos que atender a las generaciones jóvenes y en parte no tenemos que obsesionarnos con sus vidas. Somos formadores, no esclavos. No queremos que nuestra vida se transforme en ser alguien que cambia pañales y padezca

berrinches para siempre. La comunidad formativa tiene que cuidarse también a sí misma. Toda su responsabilidad formativa no puede transformarse en desmemoria de la alegría del Reino, de la alegría del Anuncio, de la alegría de su propio sacerdocio, ya elegido, ya peleado, ya llorado, un sacerdocio al que no han abandonado. La alegría del sacerdocio de sus formadores es parte constitutiva de la libertad en germen de los seminaristas. Confíen en la alegría de su sacerdocio. Cuiden la alegría de su sacerdocio. Ella brillará, secretamente, en el "quiero ser sacerdote y entrego mi vida" de los jóvenes. Brillará también cuando digan "no es lo que quiero, pero estoy listo para elegir otra forma de vida y entregarme en ella a Dios". Estoy segura: la alegría de su sacerdocio brillará.

4. La identidad sacerdotal: una identidad cuestionada.

Es verdad que nuestro pueblo tiene un hondo sentido de religiosidad y la entrega de la vida sacerdotal es recibida con respeto, con alegría, con la hondura de la cercanía con el Misterio del Dios vivo. Es verdad que podemos tocar casi la verdad del Misterio en el que hemos sido consagrados en la fe de nuestro pueblo.

Pero, sin embargo, para vastos sectores de la población mundial, no hay ninguna novedad en el cristianismo. Por el contrario, se trata de algo que pertenece a las cosas viejas del mundo, algo próximo a perecer de muerte natural (y eso, en el mejor de los casos). Para muchos, a veces con inquina, a veces con un desprecio profundo, se trata de algo cuya muerte o exterminio hay que apresurar, pues es un enemigo de la humanidad. Todos los que vivimos, por trabajo, por familia, por amigos, en mundos hostiles al cristianismo, o indiferentes a él, podemos dar testimonio de ello. En ocasiones, en esa extraña soledad del extranjero, sentimos que el cristianismo, que ha sido siempre nuestra casa de humanidad, nos vuelve sospechosos frente a la mirada de los demás, incluso de los que nos aman, nos respetan, son cercanos a nuestra vida. Nos adjudican humanidad en sentido personal; nos perdonan que seamos cristianos. Pueden adherirse a nuestras acciones sociales: descartan todo lo demás. Eso, que puede sentirse como un halago, o que en nuestros momentos de rebeldía era un argumento personal de crítica a la Iglesia (nosotros hacemos las cosas bien y la Iglesia las hace mal), se ha tornado un dolor profundo. Pues sabemos, en la certeza de nuestra historia, nuestros límites, nuestros pecados, nuestras cegueras, nuestros largos rechazos a Dios, que todo lo que hay de bueno en nuestra vida (si es que lo hay) procede del Misterio de Cristo y de la Iglesia. Y sabemos también que la lucha profunda a favor de todo ser humano y en contra de toda exclusión, no puede ser sostenida sin un sentido hondo de la humanidad creada, pecadora, redimida. Si no es así, en algún momento la injusticia de los hombres nos destrozará; la violencia de los hombres nos sumará a su violencia. No se puede mirar la miseria y la injusticia de los hombres sin Dios: no somos tan fuertes como para creer que podremos seguir amándolos, así, sin más. El amor a los enemigos deja de ser lo que creíamos y muestra su irreductibilidad a nuestro solo corazón. Si a veces un formador o un rector no logra superar el rechazo que le produce un seminarista, ¿cómo creemos que puede sernos tan simple amar a quienes nos odian?

Así como el cristianismo es rechazado, también son rechazados sus sacerdotes. Como la mayoría o muchos de Uds. viven fundamentalmente en el interior de un mundo cristiano, pueden quizás no saber cuánto. Pero nosotros lo sabemos. Escuchamos las cosas que dicen sobre el sacerdocio en las cátedras universitarias, escuchamos educar en el desprecio a la Iglesia, sentimos el manto de la pedofilia, extendido sobre el rostro y la vida de cada uno de Uds., por definición. El encubrimiento o el silencio se vuelve complicidad para todos, sin distinción. La ausencia de sacerdocio femenino es, en los colectivos feministas, descrédito total del catolicismo e identificación con el patriarcado. El rechazo al aborto es identificado como decisión de violencia sobre la mujer (y son Uds. los que lideran la violencia). La historia de la Iglesia es leída sólo en términos de la sociología del poder y de la alianza con los poderosos y los ricos de este mundo. Sus actos de entrega son interpretados desde la sospecha de patologías e intereses de todo tipo. Los errores y pecados de los peores se vuelven, en la conciencia pública, el rostro

de cada uno de sus miembros. Las alianzas con tal o cual proceso político los vuelve sospechosos.

Por otra parte, la Iglesia siente, en esta exigente interpelación de los tiempos, que su vida requiere encontrar caminos nuevos de entrega, formas comunitarias diferentes, tomas de decisiones diferentes, ministerios, otras estructuras, otras formas. El sacerdocio ministerial, con una caída muy fuerte de vocaciones, busca cómo hacer con la cantidad de tareas, una organización parroquial que suponía muchos más sacerdotes y la realidad de hoy. La vida religiosa busca otros caminos. De más está decir respecto de la vida laical.

¿Qué significa esto en orden a la formación sacerdotal? Muchas veces hemos discutido como formarlos para que no se transformen en privilegiados. O cómo tratar con el poder atribuido por la vida social. O las dificultades con el dinero y la transparencia de su uso. O cuánto influye su identificación con los poderosos de una sociedad, en orden a la capacidad de seducción y los abusos de poder. Sin embargo, sin abandonar todo eso, que sigue presente, la formación se abre hacia nuevas e impredecibles configuraciones.

En ello, tenemos que adelantarnos a los tiempos y pensar en cuáles son las funciones concretas que son aún un vacío. Eso, necesitamos pensarlos todos juntos. Yo sólo quiero hacer algunas consideraciones sobre algunos puntos que me parecen relevantes. ¿Cómo formamos para vivir en un mundo incierto y una Iglesia en dinámica imprescindible de cambios? ¿Cómo formamos para asumir una identidad cuestionada y, en muchos casos, deslegitimada? ¿Cómo formamos para amar a un mundo que no reconocerá ni querrá pastores? ¿Cómo formamos para amar a un mundo que los rechazará?

Siempre me han conmovido los textos del Evangelio en el que Jesús va aproximándose a la Pasión y va introduciendo a los suyos en no ser ya los que siguen a alguien admirado y buscado, sino a alguien rechazado. A veces, nos parece que Jesús habla y los discípulos aún están entre las muchedumbres que lo aclaman. Pero no es así.

Obliga a transparentar qué es lo que amamos en nuestro sacerdocio, qué es lo primero. Y entendemos recién ahí porqué Jesús insiste tanto en destacar el amor, en destacar qué es lo más importante, en haber señalado que mil veces hay que ser capaz de abandonar el mundo familiar. El sacerdocio, tal como lo conocemos hoy, es nuestro mundo familiar: les es conocido así. Pero nadie ha dicho que seguirá siendo así. Tal vez ahí ese ánimo de los jóvenes para el cambio será nuestro consuelo. O no. Tal vez, en un mundo de aprobación mediática, no aguantarán el rechazo. Tal vez encuentren nuevas formas de visibilidades y de presencias para la Iglesia toda. O tal vez no: tal vez no puedan ser ministros de un Dios invisible; tal vez no aguanten vivir la invisibilidad de Dios o el silencio de Dios en los acontecimientos de la historia. Tal vez quieran dejar la Iglesia, pues en el fondo sólo querían un lugar de prestigio en la sociedad, un ascenso social, una palabra pública, el seguimiento de los jóvenes, y ahora sólo tienen descrédito y compartir la suerte de los rechazados.

Sin embargo, si todo se volviera dificultad, si todo pareciera desamparo, si siguiéramos viendo vaciarse a los seminarios, confío en que Uds., junto a todos nosotros, abiertos al sacerdocio bautismal de los fieles y ciertos de su verdad, elevarían en su corazón consagrado al mundo entero y creerían, desde lo más hondo y puro de su ser sacerdotal, que, en verdad, en espíritu y verdad, están devolviendo el mundo a Dios, tan cierto, tan fuerte, tan verdadero, como si se tratara de un templo lleno. A veces me pregunto, en el medio de las más esforzadas y lúcidas búsquedas de cambio, me pregunto si estamos acompañando esas búsquedas con la obra de nuestra fe, con la fuerza de nuestra esperanza, con el ardor de nuestro amor. Ahí donde toda nuestra vida se ha transformado en fe, toda nuestra vida en esperanza, toda nuestra vida en amor. O si, sumergidos en nuestros problemas eclesiales, en nuestra vida ajetreada, hemos dejado de hacerlo. Entonces recuerdo mis momentos más duros de desamparo y soledad, y dejo de temer. Porque sé, que cuando eso estaba ocurriendo, Alguien, en

silencio, sin libros ni maestros, me explicaba suavemente el amor. Entonces ya no temo cuando vuelve el desamparo: Alguien, de nuevo, volverá a enseñarme lo que aún no sé del amor. No les deseo el desamparo: deseo para Uds. el amor. Confío en que su amor volverá a encontrarse con el Amor.

Complejidad del momento cultural-Juventudes-"Subjetividades formativas": tres coordenadas para ofrecer consideraciones sobre el impacto de la cultura actual en los rasgos del sujeto de la formación.

Hno. Hugo Carlos Vera sdb[3]

El presente texto no tiene intención de hacer una exposición exhaustiva de las temáticas que se enuncian. Solo es una síntesis, a modo de memoria de algunos argumentos, que se proponen para la reflexión en el Encuentro Nacional de Formadores de Seminarios de Argentina (Villa Cura Brochero, 31 de enero al 4 de febrero de 2022). Las jornadas afrontarán "*Consideraciones sobre el impacto de la cultura actual en los rasgos del sujeto de la formación"* y, dado que mi campo de actividad, investigación y reflexión es el de las culturas o mundos juveniles y las derivas que de ello pueden sacarse para el campo pastoral, me propongo detenerme a señalar algunos aportes que, desde la Antropología cultural, pueden ser motivo o disparadores de "consideraciones", como reza el tema, que no pueden soslayarse, a mi entender, en la labor formativa de quienes se sienten llamados al servicio sacerdotal en el mundo contemporáneo.

He elegido abordar el tema desde tres perspectivas que, la intersección de las mismas, a mi entender, pueden aportarnos pistas, no exentas de problematicidad, al modo de comprender, asumir y acompañar al "sujeto" (¿o "sujetos"?) de la acción formativa:

- "Complejidad" de la cultura contemporánea
- Mundos juveniles (juventudes)
- Procesos formativos y subjetividades

En cada una de las tres coordenadas es imposible lograr una mirada totalizante y abarcadora (quizá este sea el leitmotiv de los abordajes) sino solo "notas" o "fragmentos" que caracterizan la lectura de "fotogramas" de la actualidad ante la imposibilidad de percibir la película completa. Por eso, y permítanme una metáfora de otra de mis áreas de acción, nuestros ejercicios reflexivos se comportarán a veces como ante un gran mosaico: si estamos muy cerca corremos riesgo de perder la dimensión de su ser parte de un todo (que puede sólo intuirse aún sin percibirlo) o si estamos muy alejados omitimos la existencia diversa y parcial de cada una de las teselas que lo configuran.

Antes de iniciar este punteo de temáticas para aportar a la reflexión, retomo algo que dije más arriba, medio al pasar. Estos aportes los hago desde una disciplina humana no siempre tan cultivada o dimensionada suficientemente en nuestros ambientes religiosos o eclesiales. La Antropología Cultural me ha posibilitado, y es desde donde aporto mi pobre experiencia, abrirme a un nuevo GPS para el trabajo en pastoral de juventudes a las que, desde esta área de conocimientos, he podido acercarme con mayor reverencia sorprendido por diversas "epifanías" que ofrecen a mi fe y servicio amoroso las culturas juveniles.

---

[3] Religioso Salesiano, licenciado y profesor en filosofía y ciencias de la educación, con especialización en Pastoral juvenil, asesor de Pastoral de Juventud de la CEA, docente en Universidad Salesiana.

Notas para abordajes "complejos" de la cultura actual

Parto de un posicionamiento epistemológico, vale decir de concepción del pensamiento respecto de la realidad, en consonancia con lo que plantea Edgar Morin (1997; 2000). La realidad, y la comprensión de la misma, ya no es posible desde paradigmas simplificadores, lineales o definitivos (irreversibles) sino asumiendo lógicas que, muchas veces, sostienen coexistencias en contradicción, multicausales y susceptibles de interpretaciones críticas. El mundo, según esta perspectiva, se presenta como un entramado, un tejido, tantas veces marañoso que suscita dinámicas de reflexión abiertas.

Simplemente para poder establecer algunas relaciones con el tema formativo que nos incumbe, selecciono algunas "notas" que puedan ayudarnos al debate:

- ***Identidades dinámicas***: hay actualmente amplia coincidencia en el concierto de las ciencias humanas, en especial las sociales y culturales, que los procesos de "identificación", sea individual o colectivamente, ya no pueden ser considerados como sustanciales, únicos, esencializadas, de aplicación universal, definitivos. Las identidades se conciben como dinámicas, flexibles, mutables, plurales. Y esto especialmente cuando nos referimos a personas jóvenes. Las identificaciones han dejado de habitar la patria del "ser" para instalarse, muchas veces provisional y precariamente, en los territorios del "estar siendo". La clásica pregunta por el "quién" o "qué" se es deja muchas veces paso a acento en el "cómo" o "desde dónde" o "junto a quiénes" ser. Las condiciones o los condicionantes socio-históricos de la asunción de determinadas identidades tiene mayor peso que los resultados mismos de estos procesos conllevan. Es obvio que este planteo provoca consideraciones problemáticas a nuestra tarea formativa…pero este es el humus en el que se despliega y desconocer o negar su existencia, en el mejor de los casos, no hace más que dilatar algunas eclosiones vocacionales que, creo, todos conocemos. ¿Qué nos queda entonces? Tratar de comprender estas culturas para no correr el doble riesgo posible, a mi entender, tan nefasto uno como el otro, de "negarlas" o "asumirlas acríticamente".

- ***Sujeto/subjetividad(es)/subjetivación(es)****:* una segunda nota, ligada a la anterior, pero importante de diferenciar para nuestra temática, es la realidad del sujeto. De hecho, el título de nuestro encuentro lo reza, alude al sujeto formativo. Podemos valernos de estas categorías para establecer un análisis respeto a "quiénes" son los agentes más que los destinatarios de los itinerarios formativos. Nuestras Ratios, deudoras aún de una identidad estable a la que hay que acompañar (también establemente) hacia un objeto de la formación, en este caso sacerdotal. Pero todos somos conscientes por la experiencia que este trazado imaginariamente liniforme tiene muchos "excursus", "incursus", "concursus", etc. en el recorrido. En este sentido creo que puede ser valiosa la categoría antropológica de subjetividad, inclusive más en su versión plural. Con ilusión de "sujetar" a gatas se llega a "subjetivar", es decir a yuxta-super-contra poner subjetividades, entendidas como modalidades del sujeto que, y de nuevo aludo a la experiencia que traemos, no siempre logran amalgamarse en cierta unidad. De aquí que venga a ayudarnos reflexionar sobre el tercer término de esto que alguno puede considerar un jueguito de palabras, la "subjetivación" o, más aún, las subjetivaciones. ¿Qué puede agregar esta categoría? Quizá sea sutil pero sugiere un desplazamiento de los "discursos" del íter formativo a las "prácticas", es decir aquellos dispositivos que, ya sea por su presencia o por su ausencia van operando las configuraciones de subjetividades antes mencionadas. Y simplemente para recordarlo ya que lo trataremos más adelante, esto no acontece sólo a los candidatos o formandos o seminaristas, sino a los que acompañan de manera directa

(formadores, comunidad) o menos directa (agentes pastorales, familia, amistades, redes sociales, etc).

➢ ***Juventud/juventudes***: este argumento tendrá un tratamiento especial en mis posibles aportes a la reflexión de estos días. Quiero solo aludir en esta ocasión al uso del plural en el modo de abordar los estudios actuales del mundo juvenil por parte de la Antropología Cultural. Me valgo de una cita de la exhortación apostólica postsinodal "Christus vivit" que muy bien lo expone: *Podríamos intentar describir las características de los jóvenes de hoy, pero ante todo quiero recoger una advertencia de los Padres sinodales: «La composición del Sínodo ha hecho visible la presencia y la aportación de las diversas regiones del mundo, y ha puesto de relieve la belleza de ser Iglesia universal. Aun en un contexto de globalización creciente, los Padres sinodales han pedido que se destacaran las numerosas diferencias entre contextos y culturas, incluso dentro de un mismo país. Existe una pluralidad de mundos juveniles, tanto es así que en algunos países se tiende a utilizar el término "juventud" en plural. Además, la franja de edad considerada por este Sínodo (16-29 años) no representa un conjunto homogéneo, sino que está compuesta por grupos que viven situaciones peculiares»* (Muchas Juventudes, ChV n.68). Es claro, se entiende sin forzamientos, que podríamos incluir en nuestro lenguaje, inclusive formativo, esta categoría que nos abre a tantas otras consideraciones que nos ocuparán más adelante. Simplemente, dado que tomo este aspecto como configurante de la contemporaneidad, me permito subrayar la importancia de las juventudes en su emergencia como agentes o actores sociales, culturales y políticos del presente.

➢ ***Declive de lo institucional***: muchos estudios de los últimos decenios desde la sociología, la politología, la antropología, la pedagogía, etc. (ej. Dubet, 2007) coinciden en la desarticulación de las organizaciones o instituciones destinadas a educar, formar y cuidar, sobre todo a personas en crecimiento. El declive del Estado, la escuela, la familia, las iglesias forma parte de los panoramas de análisis que dan cuenta de la realidad contemporánea. En algunos casos se trata de un quiebre de la credibilidad o necesidad de estas instituciones. En otros casos se constatan mutaciones o nuevos modos de agregación o pertenencia a las mismas. Desde esta perspectiva no sería tan infructuosa una reflexión que afronte la adecuación o idoneidad de nuestras estructuras formativas (cuando no también las de animación y gobierno eclesial y pastoral, si se me permite soslayar con osadía). Quizá la sinodalidad propiciada por el Papa Francisco en estos tiempos pueda ser una vía de revisión y renovación. En el fondo de todo esto, desde la mirada antropológica, radica un análisis sobre la distribución y el ejercicio del poder.

➢ ***Clave generacional:*** uno de los enfoques más productivos en los últimos años sobre temas de juventudes, que es lo que más conozco, pero también en otros abordajes de análisis de franjas etáreas (infancias, adulteces, senectudes) son los estudios en clave generacional (Leccardi-Feixa, 2011;Posada Giraldo-Runge Peña, 2020). El concepto de generación intenta superar afrontamientos solo anclados en la perspectiva de la edad o de las simples caracterizaciones psico-biológicas para asentarse en la condivisión de referencias simbólicas, historia, mundos comunes, modos de sociabilidad. Una generación, podríamos decir de manera más sencilla, es el grupo que comparte la experiencia de estar de un modo determinado en el mundo. Son conocidos quizá, los aportes sobre las Generaciones X o Y de finales del siglo XX, o la categorización de *Millennials* o *Centennials* (hoy ya se habla, incluso, de

una posible generación *Pandemials*). Pero, y esto es muy interesante, una generación se define por oposición a otra/s, lo que se deriva de su necesaria "coexistencia" contemporánea. Diríamos desde la antropología que las generaciones se "suceden". En esta línea, y también siempre mirando el objetivo de nuestro análisis, además de la oportuna "comprensión" de una generación, como es la de las juventudes actuales, quizá sea aún más valioso el cultivo de dinámicas "intergeneracionales" ya que lo que está en juego es la pertinencia de la continuidad/discontinuidad de determinados modelos y valores, lo que solo es posible a través del diálogo intergeneracional.

Seguramente podríamos tomar otras notas para seguir desplegando la policromía del escenario contemporáneo. Muchas de ellas aparecerán en el siguiente apartado en el que dedicaremos nuestra atención a reconocer rasgos que vienen "encarnados" principalmente por las juventudes.

JUVENTUDES, desafíos que abren a posibilidades

Los estudios de juventudes, nacidos como categoría de análisis científico en la segunda mitad del siglo XX (Chaves, 2006, 2010, 2013) se han multiplicado y diversificado en campos específicos de manera estrepitosa en las dos décadas que llevamos del siglo XXI. Sobre todo, en el mundo de lengua española (España y América Latina) han surgido numerosas iniciativas de colaboración e intercambio que han permitido, como reconoció el Sínodo sobre los jóvenes y quedó indicado en *Christus vivit*, ya no es posible hablar de "jóvenes" o "juventud" de manera unívoca y universal. Las condiciones sociohistóricas que marcan la emergencia de las juventudes como actores y sujetos son algo más que simplemente características de un contexto. Significan modos de estar (y de "malestar") de las culturas juveniles (Reguillo, 2013; Feixa-Oliart, 2016).

En la siguiente exposición no se intenta dar cuenta de todos los abordajes y temas que los estudios de juventudes nos ofrecen. Tampoco me propongo mostrar hasta qué punto esos aportes teóricos (y también experiencias específicas de trabajo e investigación en territorio) han impactado o se han integrado en reflexiones y prácticas eclesiales y pastorales. Simplemente me aventuro a proponer un recorte, por cierto parcial y sesgado por mi recorrido en la pastoral con juventudes y que, me parece, podría ayudarnos a considerar el impacto de las nuevas subjetividades juveniles en las propuestas pastorales pero, sobre todo, en la "cultura, pastoral y acompañamiento vocacional". Para eventuales profundizaciones sugeriré contacto y lectura con investigaciones y publicaciones divulgativas que llevan adelante algunas congregaciones religiosas dedicadas al trabajo con juventudes, en especial lasallanos y salesianos.

Cabe también señalar que, Pensemos simplemente en la pluralidad de juventudes a las que "supone" servir nuestra Pastoral Nacional de Juventud, para hablar desde mi experiencia, pero de la que solo conocemos y trabajamos con referentes diocesanos o de movimientos, la mayoría de enclaves urbanos, con niveles medios "aceptables" de agregación eclesial (permítanme esta expresión más científica que religiosa), nucleados en estructuras poco coherentes con cierta horizontalidad en la que navega cotidianamente la vida de muchas y muchos (solo aludo, como ejemplo, a quienes estudian en la universidad o participan de organizaciones socio-comunitarias más allá de las pastorales). En fin, es un tema muy interesante del que tenemos que tomar conciencia mayor, me parece. Referido a nuestra temática del encuentro, ¿en los itinerarios formativos, están presentes los mundos plurales de los que provienen nuestras juventudes al entrar al seminario o la casa de formación?

El punteo de temáticas seguirá un elenco de tópicos generales que funcionan como núcleos fuerza de otros subtemas que se desprenden o referencian a los mismos.

- ✓ **CUERPO:**

  La Antropología Cultural, sobre todo a partir de investigaciones de los años noventa (Csordas, 1990) realizó un giro en la aproximación al tema del cuerpo en sus estudios. El cuerpo deja de ser considerado mero objeto o plataforma de las acciones humanas para se considerado como el sujeto mismo de la vida humana. Esta perspectiva da cuentas de la vivencia contemporánea de que no se "tiene" un cuerpo, sino que se "es" cuerpo, o a mi modo de decir, se está en el mundo de manera "acuerpada" (neologismo personal). No quiere negarse la dimensión espiritual con este planteo; por el contrario (y de hecho es el campo de trabajo en el que surge el paradigma, la antropología cultural religiosa) se acentúa la unidad indivisible de la persona humana en una existencia en la que el cuerpo manifiesta su subjetividad. Los mundos juveniles, aunque no solo, ya vivencian esta constatación como algo propio, casi indispensable. Es el cuerpo de las juventudes el que lleva las marcas de su identidad dinámica y la problematicidad que ello conlleva. Es el campo en el que me muevo en mis investigaciones personales (de hecho, espero poder publicar algo al respecto dentro del presente año) por lo que no quisiera polarizarme en la exposición. No obstante, a efectos del tema que nos ocupa, considero necesario hacer un elenco no exhaustivo, pero si de preponderancia, de algunos temas que se conectan al "acuerpamiento" cuando hablamos de las juventudes actuales:

  - Resignificación de las "estéticas" corporales: simplemente para ponerlo a consideración recurro a la experiencia perceptiva que todos nosotros tenemos respecto de la mayor visibilidad de la cultura del gimnasio (fitness), los tatuajes, cortes y tinturas de pelo, uso de accesorios (pañuelos), revitalización de las expresiones que "ponen el cuerpo" en lo público (marchas, peregrinaciones, performances), el cuidado/control/nostalgia de lo corporal (propio y de los otros) en la pandemia, la revalorización de las expresiones de fe que implican al cuerpo, etc.;
  - Irrupción de los "feminismos": lo trataré más adelante, pero lo coloco aquí porque gran parte de las manifestaciones de ciertos feminismos juveniles hoy pasan por temas ligados al cuerpo. (soy consciente de lo extraños que pueden parecernos estos temas en reuniones como la nuestra…);
  - "Perspectivas de género": otro tema difícil (tabú en algunos casos, fetiche en otros). Feminidades, masculinidades, diversidades y disidencias sexogenéricas, violencia y abusos, derechos…simplemente enuncio algunos temas que no desarrollaré pero que ya son parte de algunos mundos juveniles de los que provienen nuestros candidatos. Siendo un tema muy complejo, personalmente (será sincericidio lo que digo) me cuesta considerar estos aspectos que tocan a muchas de nuestras juventudes solo como una ideología. Quizá haya que profundizarlos y dialogarlos más, no solo desde nuestros paradigmas de análisis;
  - Dimensión "corporal" de la caridad: hay una sensibilidad ética y de fe en las juventudes hoy respecto del programa de examen de conciencia que trae Mateo 25, el Juicio final. Con sus diversos matices, es característica la urgencia juvenil por las acciones solidarias, el involucrarse en el servicio a los más pobres, los sin techo, sin tierras, sin derechos, en menor escala el acompañamiento a la privación de libertad… Alguno me dirá: ¡Esto estuvo siempre! Y es cierto. Pero quizá lo característico esté en la

búsqueda de “acuerpamientos colectivos” como lo designo yo, o de “militancias” no sé si comunitarias, pero con algún grado de social o grupal. Vuelvo en esto a lo que *Christus vivit* plantea respecto de una “pastoral popular juvenil”.

- ✓ **TIEMPO**:

  Algo al especto mencioné cuando planteé más arriba algunas grandes notas de la actualidad. Lo característico de hoy es, por una parte, cierto desacople entre las categorías temporo-espaciales, sobre todo propiciado por el avance de lo digital (lo veremos más tarde). Pero a la vez, y es en lo que me detengo ahora, la vida en general, pero muchos más aún de las juventudes, tiene más mordiente en lo “instantáneo” o lo “fugaz”, en acuerdo con las subjetividades dinámicas. La posible idea o propuesta ligada a la permanencia, la estabilidad, lo definitivo provoca un cierto vértigo cuando no la convicción de imposible. Este elemento que tiene como positivo la libertad ante el movimiento o la mutabilidad y la posibilidad de gozarlo aún en su corta duración, trae también aparejadas algunas dificultades en el tipo de “intencionalidades” vocacionales con las que entran al seminario o casa de formación, al igual que en los proyectos de pareja que implica el matrimonio cristiano.

  - Disfrutar/festejar/vivir el momento: supongo que todos podemos percibir, en primera instancia, el valor de esta actitud vital tan típica de las juventudes: ser capaces de gozar lo que se vive, de lo cotidiano, de la intensidad de una experiencia, poder abrirse a captar desde la fe el paso y la presencia de Dios en lo que está aconteciendo. Dar todo, confiar, vivir con alegría pueden ser aspectos valiosos de esta actitud ante el mundo;
  - ¿para siempre?: quizá como contracara de lo antes dicho aparece esta dificultad en “proyectarse” en duraciones largas o permanente o definitivas. Los mapeos vocacionales (tema muy interesante en las pastorales vocacionales) concebidos como diseños provisionales de recorridos o tramos vitales, sin pretensión de que lo que el mapa muestra sea la realidad sino solo su representación posible (y, por ende, modificable). Esto podría significar, para nuestra temática, la necesidad de adecuar los itinerarios formativos a tramos menos extensos, por un lado. El segundo aspecto, mucho más problemático, es la conveniencia/oportunidad de reformular la intencionalidad de permanencia, entendida como fidelidad al proyecto vocacional “objetivo”. La tendencia formativa, desde mi pobre experiencia, suele ser el “reforzamiento” de la perpetuidad. Pero los datos estadísticos de lo que llamamos la “perseverancia” a veces muestran otro panorama. Este tema, obviamente, no puede ser abordado solo desde este aspecto, se implica con muchos otros. Pero el dato fenomenológico, creo, lo debemos tener en cuanta en nuestros análisis.

- ✓ PROTAGONISMO:

  Uno de los aspectos principales que propició la aparición de las juventudes en los escenarios socio-culturales contemporáneos ha sido justamente éste, el de la participación y el protagonismo de la condición juvenil en las agendas socio-culturales, políticas, artísticas, religiosas, etc. Es lo que algunos autores definen como la aparición de las juventudes como “sujeto” (Fresia, 2019) o el incremento de la capacidad de “agencia” juvenil ((Vommaro, 2016).

Las juventudes hoy no solo se contentan con ser consultados o invitados a la mesa de las pequeñas o grandes decisiones que por largo tiempo han estado monopolizadas por los adultos, sino que se movilizan, organizan y crean sus espacios, ya sea en la público como en lo privado, para dar inicio y sostener iniciativas de índoles muy diversas, algunas inclusive de escala mundial. El caso del Sínodo sobre los jóvenes, en el ambiente eclesial y de la reciente Asamblea Eclesial Continental son una muestra patente de este aspecto que es muy sensible para ellas y ellos.

- Irrupción de los "feminismos": ya habíamos conectado más arriba por su vinculación con las temáticas del cuerpo planteadas. Como pasa con varias de las categorías que estamos proponiendo, el enunciado está en plural que no hay un solo feminismo, como muchas veces nos parece percibir. Son varias las "olas" que este movimiento ha tenido desde sus inicios a fines del siglo XVIII junto a los acontecimientos de la Revolución Francesa. Pero también podemos decir que en la actualidad se torna muy difícil hacer coincidir un único interés de estos movimientos. Inclusive las modalidades de acción son ampliamente diversas, desde las más aguerridas y fanatizadas a las que, con actitud dialoguista, buscan unirse a otras causas protagonizadas no solamente por mujeres. En todos los casos se debe reconocer la fuerza crítica y problematizadora de estos movimientos cuya incidencia a nivel socio-político hoy es incuestionable. Muchas juventudes, femeninas y masculinas se identifican claramente con estas luchas. Aunque no de manera estructural, estos movimientos han provocado la visibilidad de sensibilidades eclesiales al respecto, ya sean en cuanto a la participación, la distribución de algunos roles de protagonismo o la revisión del lugar de la mujer en la Iglesia. Es un tema delicado, complejo, pero ya presente. Y las generaciones juveniles lo viven de manera muy diversa que la nuestra (hablo al menos desde mí);
- Empoderamiento: muy ligado al punto anterior, este es otro aspecto que, de la mano de las juventudes ocupa la escena social y política. La presencia de un gran número de "líderes" de edad juvenil en reivindicaciones y revueltas, en campañas organizadas a través de las redes sociales, en acontecimientos de violencia atroz son solo algunos ejemplos de ello. La visible "ambigüedad" de algunos de estos hechos no deberían hacernos perder la atención a lo que pudieran estar mostrándonos en sus emergencias;
- Sensibilidad y denuncias por el medio ambiente y la ecología: las enardecidas acusaciones y solicitudes de Greta Thunberg en las Cumbres sobre el Cambio Climático Mundial son solo una muestra que luego se replicó en ambientes más cercanos, quizá hasta en nuestras propias ciudades, muchas de ellas protagonizadas por jóvenes y hasta niños. Este eco ha sido muy bien captado por el Papa en su encíclica *Laudato sii*: "Los jóvenes nos reclaman un cambio. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos." (LS, n.13) Muchas generaciones (la mía al menos) tiene mucho que aprender de este reclamo que nos llega de los jóvenes. No se trata solo de una moda o snob. Son muchas las iniciativas en las que las juventudes nos empujan a los adultos a una mayor educación para el cuidado de la Casa Común.

- ✓ **TECNOLOGÍAS y ERA DIGITAL:**
  Si echamos un vistazo a nuestra asamblea notaremos que lo digital nos configura. La pandemia nos zambulló hasta el hartazgo en pantallas de Zoom, de redes sociales, de ciberlitúrgias. El celular, y eso que gran parte de los que estamos aquí no somos "nativos" digitales ya está casi incorporado a nuestra anatomía. Es un aspecto fascinante a la vez que problemático de nuestra cultura. Los avances en la tecnología digital y de la información en los últimos 30 años son siderales respecto del solo siglo XX. Dejaré otro material de una intervención en una plenaria de la CEA junto a otro hermano salesiano para quienes quisieran profundizar más.
  Me interesa detenerme, aunque mas no sea parcialmente, en algunos tópicos de este aspecto en vinculación con las juventudes y posibles desafíos que pueden impactar en los recorridos formativos.

  - "Glocalidad" e hiperinformación: Carles Feixa usa la expresión "glocalidad" para señalar la casi contemporaneidad de los impactos informativos de situaciones mundiales en la micro territorialidad y viceversa. La simultaneidad de los streaming, los vivos de Instagram, los grupos de WhatsApp internacionales son no solo plataformas sino, en muchos casos, paisajes cotidianos del hábitat juvenil. La información en tiempo real de lo que está pasando al otro lado del mundo, muchas veces hasta como fuente laboral a modo de corresponsales in situ de la noticia que está aconteciendo. Esto ya pasaba en los medios de comunicación masivos pero hoy se ha desplazado al mundo de la experiencia privada. Esta ciudadanía de la web tiene caras positivas y a la vez facetas macabras;
  - Protagonismo, exponerse y tomar la palabra: el twitteo infinito, las publicaciones de fotos y videos, la genial invención de la o el "youtuber, la proliferación de "tiktokers", el resurgir de los podcast "en vivo", dejaron atrás los blogs o el facebook que estaban concebidos en lógica offline (no simultánea). La red como territorio comercial, laboral, educativo, son todas realidades en las que las juventudes se mueven a sus anchas. Otro capítulo lo ocupan los videojuegos que han pasado a plataformas online. Muchos de nuestros jóvenes animadores pastorales, los mismos formandos o seminaristas, curas, religiosas, religiosos jóvenes habitan estos mundos digitales como agentes, expuestos y tomando la palabra en el anuncio de la fe, en la oración, en propuestas artísticas, en espacios de acompañamiento personal y grupal, hasta de entretenimiento y en varios casos de pastoral vocacional, abriendo la puerta de la intimidad de sus cuartos, casas, seminarios, comunidades, capillas, etc. ¿qué lugar tienen estos nuevos mundos en nuestros itinerarios de formación?
  - Espejismo de comunicación: la hiperconectividad no es garantía de mejor comunicación. No soy amigo de las miradas apocalípticas que casi niegan las posibilidades de comunicación en un mundo sobredigitalizado. No lo creo así. Pero si, me parece, pueden ser muy sutiles las trampas por las que, los dispositivos móviles y sus brillos, escondan o sofoquen la necesidad humana de la conversación, el diálogo, la confrontación sincera, la escucha de las y los otros y hasta la sagrada locuacidad del silencio necesario para toda interiorización. Un chat, un emoji, un like, arrobar, hastaguear, twittear, twitchear, postear, todas gramáticas en las que las juventudes nos dan cátedra, son solo "puertas de ingreso" a las

habitaciones o aposentos del intercambio humano. Este es uno de los terrenos más propicios para lo intergeneracional;

- Brecha digital: paradójicamente a lo que venimos planteando, también es real en el mundo contemporáneo globalizado una distribución desigual en el acceso, el uso y las posibilidades de impacto de lo tecnológico y lo digital. Así como hay juventudes muy atravesadas por internet y los dispositivos informáticos, otras, en muchas zonas de nuestro país están limitadas o condenadas a la desconexión y la falta de equidad en este sentido. La pandemia develó crudamente esta realidad, dejando al descubierto que la virtualidad, sobre todo en lo educativo, que para algunas y algunos fue la oportunidad de no caerse del sistema, para otros fue una ilusión muchas veces problemática cuando no imposible. Quizá este aspecto no toque a las realidades de nuestras estructuras formativas, pero si está muy presente en numerosos ambientes pastorales con los que tenemos contacto o nos relacionamos, muchas veces desde esa brecha.

✓ VULNERABILIDAD :

La condición juvenil, como se percibirá por muchos de los aspectos planteados, se presenta actualmente como la "metáfora del cambio social" y para gran parte del mundo adulto se ha vuelto el prototipo a seguirse. Es lo que varios autores llaman la "juvenilización" de la cultura contemporánea. No obstante eso, no es tan idílica ni tan monolíticamente positiva y desenfadada la realidad de las juventudes. Muchos de los puntos presentados muestran aristas de lo que yo llamo, en contraposición, las "incondiciones juveniles". Algunas son claramente visibles en el campo social, cultural, político, en el que las oportunidades de muchas y muchos están fuertemente marcados por la precariedad (vidas precarias, trabajos precarios, protagonismos precarios, identificaciones precarias…). Muchas infancias y juventudes, en grandes territorios del mundo, sufren una "distribución desigual del riesgo". Esto coloca a las y los jóvenes reales muchas veces ante situaciones de vulnerabilidad. A continuación enumeraré, muy sumariamente, algunas de esas vulnerabilidades que pueden sernos de impacto en la temática que estamos tratando.

- consumos problemáticos: como paradoja del goce instantáneo del momento tenemos altas tasas de consumos de sustancias, de alcohol, de bienes económicos, de lo digital, de relaciones afectivas tortuosas, de pornografía experiencias sexuales, etc. El acompañamiento y la resolución de estas situaciones no sirven por la vía de la mayor "estigmatización" de los jóvenes sino por la interpelación al mundo adulto interviniente en muchas de ellas.
- enfermedades mentales: este es un tema que merece ser tratado por especialistas del área, lo que no es mi caso. Sólo relevo la percepción que tengo desde el trabajo pastoral con juventudes: incrementada por la pandemia, pero ya desde antes de 2020. Comparto y acompaño pastoralmente algunas situaciones, sobre todo de animadoras y animadores juveniles de la franja etárea entre los 25 y los 30 que transitan cuadros clínicos de perturbación de conducta, ansiedad, depresión, estrés, burnout, etc. Es una contracara de la que no estamos exentos inclusive en las experiencias formativas.

- ✓ ESPIRITUALIDAD(ES):
  La intención de traer a consideración este tema no tiene tanto que ver con perspectivas teológico-pastorales desde la que podríamos afrontarlo. Si, en cambio, quiero poner a consideración de nuestra asamblea, una serie de aportes que nos viene desde la sociología y la antropología de la religión, que son áreas de gran desarrollo en los últimos años. En 2019, un equipo del CONICET entre los que se encuentra Fortunato Mallimaci, realizó la *Segunda encuesta nacional sobre creencias y actitudes religiosas en Argentina Sociedad y Religión en movimiento*. La misma, de corte más cuantitativo, arroja una serie datos que dan cuenta de cierta "mutación" en las creencias en la población en general y de que los jóvenes han disminuido en su pertenencia a las religiones más tradicionales, muchos migrando a credos evangélicos por el atractivo más "estético" de la fe en esas iglesias u otros que simplemente se sienten más cómodos en la "reinvención" de mixturas, algunas espirituales y otras llanamente ateas. Esta constatación coincide, en líneas generales, con el análisis realizado por Daniele Hervieu-Léger (2004) y Peter Berger (2016) quienes desde miradas más europeas o globales coinciden en la necesidad de revisar si sigue siendo tan aceptable, al menos desde los científico, hablar de sociedad actuales en franca secularización (o el secularismo que planteamos muchas veces desde la Iglesia) y si no se tendría que profundizar en la vía de las "creencias pluralistas", muchas de ellas de un fuerte sesgo espiritual-pragmático. Hervieu-Leger trabaja desde dos metáforas muy interesantes, la del "peregrino", que abandona el seno de las religiones estructuradas para salir al encuentro de "creencias que se experimentan" y se suman entre sí, y la del "convertido" que busca reagregarse a confesiones religiosas para lograr cierta estabilidad, pero siempre desde una "selección" de valores, prácticas y exigencias. Entre las juventudes, desde mi pobre experiencia, podemos encontrar ambas situaciones y, aún más, la alternancia entre ambas.

"Un hombre para ser buen baqueano tiene que perderse muchas veces en el monte. Una persona para ser buen cristiano tiene que perderse muchas veces en el pueblo. Si le tiene que poner la panza verde de mates, escuchando el sufrimiento de los pobres. Luego, hay que rezar mucho buscando desentrañar lo que Dios, con su corazón de Padre, siente ante esa situación humana, y así, tratar de hacer la voluntad de Dios que escuchó el clamor de su pueblo"

Beato Enrique Angelelli

ENCUENTRO NACIONAL DE DIRECTORES ESPIRITUALES

Del 20 AL 22 de Junio de 2022, se realizó en la Casa de Retiros de las Pías Discípulas del Divino Maestro, en Córdoba el Encuentro de Directores Espirituales de Seminarios. Del mismo participaron sacerdotes de Córdoba, Rio IV, Rosario, Tucumán, Rosario, Del Seminario La Encarnación, Santa Fe, Buenos Aires, Gualeguaychú, Mendoza y San Juan. Este año el Encuentro versó sobre la Formación Espiritual de la Etapa del Propedéutico y para ayudar contamos con la presentación del Itinerario Formativo de Lavaniegos a

cargo del P. Carlos Forcatto, Director Espiritual del Seminario de Río IV, se compartieron experiencias de lecturas, métodos de oración, retiros que se proponen en esta etapa formativa.
El P Santiago Naaman, Director Espiritual en el Seminario de Mendoza, expuso una experiencia de Acompañamiento que ha elaborado en estos años y que consiste el "Leer a Dios en las Personas" y que lleva a hacer Lectio del presente, Lectio de los vínculos y Lectio de la propia historia.
Finalmente, por la mañana del 22 nos visitó el Arzobispo de Córdoba Mons. Rossi quien nos dio una breve pero rica charla sobre discernimiento ignaciano. Con esto y el almuerzo fraterno se concluyó el Encuentro.

INFORME DEL TRIENIO 2018-2020/21

Formación en contexto de pandemia

En primer lugar, recordar algunos acontecimientos que darán luz al presente informe.
Luego de terminar los primeros dos años del trienio, lo trasladan al p. Diego Resentera a Roma por lo que, a comienzo de 2020, en Posadas se activa el reglamento para estos casos. Queda como presidente de la Osar el p. Marcelo Lorca (vice) y como vicepresidente el p. Roberto Ferrari (vocal primero).
En marzo de 2020 nos topamos con una gran sorpresa inesperada desde todo punto de vista. Al comienzo eran solo unos días de cuarentena, luego, fueron 15 días, un mes… meses…
Creo que todos nos sentimos afectados, personal como institucionalmente, por la pandemia. La comisión Osar siguió reuniéndose por medio de videoconferencias, mensajes, llamadas, etc.
La realidad de los seminarios fue variada. Algunos decidieron enviarlos a sus casas y otros optaron por permanecer en el seminario. No fueron pocos los debates que surgieron a raíz de estas decisiones. Recordemos la incertidumbre y los fantasmas que rondaban en toda la comunidad acerca de lo que se conocía del virus.

Surgieron diversos tipos de ofertas formativas en modo virtual destinadas a formadores de seminarios. Algunas de OSLAM, CEPROME, y OSAR en conjunto con la Universidad Católica de Córdoba.
Lamentablemente no pudimos realizar presencialmente el Encuentro Nacional de Formadores en enero-febrero de 2021. Para no perder la oportunidad de encontrarnos lo hicimos de modo virtual durante una semana con exposiciones y trabajos grupales sobre algunos capítulos del borrador de la Ratio Argentina.
Los encuentros regionales tanto de formadores como seminaristas se vieron afectados por la pandemia. Aunque no impidieron la comunicación gracias a los distintos medios disponibles.
La creatividad y la capacidad de adaptación reinaron en nuestros seminarios por estos años. Coincidimos que hay nuevas realidades que llegaron para quedarse: nuevas miradas, criterios, caminos de discernimiento, acompañamiento, entre otras.
Tuvimos que aprender de nuestros errores y de la práctica de otros seminarios. Se puso en crisis la formación sacerdotal tan y como la veníamos haciendo. Aunque es digno de destacar que la gran mayoría de nuestras diócesis volvieron a reconocer el gran valor de la Comunidad del Seminario; la existencia del Seminario como ámbito propio para la formación sacerdotal.
Aún seguimos buscando afianzar y capitalizar lo aprendido y poner en práctica en este tiempo de "nueva normalidad". Necesitamos los unos de los otros. Compartir mucho más entre los Seminarios.

Ratio Argentina
Como dice la introducción del borrador *"La Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN), emprendió la tarea de redactar una nueva Ratio para nuestro país, según las orientaciones de la Santa Sede.*
Una Comisión Redactora integrada por tres obispos y tres rectores de Seminarios asumió en agosto de 2018 este desafío animando, tal cual lo pide la Ratio Fundamentalis, un proceso sinodal de consulta con formadores, obispos y peritos."
El trabajo sigue siendo arduo y lento ya que se intenta expresar la experiencia, la vivencia y proyectos de todos los seminarios de nuestro país.
El sueño de sinodalidad se ve reflejado en los años de trabajo y en la participación de diversos agentes en la elaboración de este borrador. No se puede incluir todo y tampoco se puede dejar de incluir temas que son fundamentales en la formación. Seguimos exhortando la elaboración de los Itinerarios Formativos que son la aplicación más cercana a la realidad del contexto de cada seminario.
Actualmente, el borrador está en manos de distintos peritos para su revisión y correcciones pertinentes.
Rogamos a Dios y a Nuestra Señora de Luján que el borrador pueda ser presentado este año 2022 en la Conferencia Episcopal.

Página Web
Durante estos dos años también se llevó a cabo la renovación de la página web de la OSAR. Es un trabajo lento y necesitamos la colaboración de los seminarios para actualizar los datos que aún no tenemos.

OSLAM
A fines de noviembre se realizó la Asamblea General de Oslam en Santo Domingo, República Dominicana. La temática de los primeros días fue la etapa propedéutica y la síntesis vocacional brindada por Mons. Patrón Wong de modo virtual desde Roma.

En esta Asamblea también se eligió la nueva comisión directiva para el trienio 2022-2024:

Presidente: Pbro. Mauricio LARROSA (*Rector del Seminario de Morón*)
Vicepresidente: Pbro. Sebastián ESCALANTE (*Rector del Seminario de Posadas*)
Delegados regionales:
NOA: Pbro. Marcelo Lorca (Tucumán)
NEA: Pbro. Leandro Kuchak (Posadas)
Litoral: Pbro. Luciano Murador (Paraná)
Centro: Pbro. Juan Manuel Pacheco (Cruz del Eje)
Cuyo: Pbro. Alejandro Rodríguez (San Juan)
Buenos Aires: Pbro. Daniel Bossio (Lomas de Zamora)
Patagonia: Pbro. Daniel Lascano (Operario Diocesano – Comodoro Rivadavia)

"La Iglesia Argentina ha sido bendecida con la modélica vida ministerial del santo presbítero **José Gabriel del Rosario Brochero**, canonizado en 2016 y nombrado patrono del clero argentino destacando su celo misionero, su predicación evangélica y su vida pobre y entregada.
Brochero es el mejor ejemplo de lo que representa nuestra Ratio. **Un cura en formación permanente, que enfermo de lepra e impedido, agradece la extraordinaria pedagogía divina que continuaba enseñándole lo que significa ser sacerdote.** Dios ha descrito en él los rasgos del Pastor para la Argentina." *(Del borrador para la Nueva Ratio Argentina)*